

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 114

Administración: Cristóbal Bordá, 1, Madrid

15 Marzo 1903

El arte de hacer comedias

En casa de un periodista y autor dramático en ciernes, se hallaban reunidas, hace unos cuantos meses, varias personas que de emborronar cuartillas y de escribir comedias viven. Se habló de arte, naturalmente, y Salvador Rueda, dirigiéndose á Palomero, sostenía que el arte de hacer comedias es y ha sido siempre el arte más inferior de cuantos ha ocupado el espíritu humano.

De los reunidos, unos se mostraron conformes con el parecer de Rueda; otros estimaron la afirmación un tanto aventurada, y los demás la consideraron del todo errónea. Nosotros, que nada dijimos en aquel momento, porque platicábamos con otros amigos sobre el valer de los actuales actores, nos proponemos dedicar unas cuantas líneas al problema planteado por Rueda.

Las artes todas han seguido la evolución del progreso humano, pese al parecer de Valera y de otros eminentes escritores.

Antiguamente la pintura, la escultura, la música, etc., se contentaban con ser una torpe representación del hombre, de las cosas y de la armonía universal. La comedia, como una de las manifestaciones del arte literario, había de ser, también, un grosero retrato de la vida.

Por otra parte, el hombre, las cosas, la armonía y la vida sólo eran apreciados en sus líneas más salientes y en sus notas más rudas y vigorosas. Lo psicólogo, moral é interno ha venido después y poco á poco, á medida que los sentidos adquirían más precisión y exactitud por el ejercicio de una vida compleja, amplia é integral.

Así hemos visto cómo de un pedazo de barro ó de madera que parecía un bicho raro, pero que pretendía representar al hombre, se ha llegado á la actual escultura psicológica, inteligente, dotada de alma, que nos comunica, con las facciones y las actitudes, las penas y las alegrías que el artista puso en su obra.

En otras artes, ¿no ocurre lo mismo? La pintura es relativamente moderna. ¿Dónde existen hermosos cuadros pintados antes del Renacimiento clásico?

¿Qué diremos de la música? Que es más moderna aún que la pintura. Antiguamente el sonido era armonioso, placentero, nos convidaba al éxtasis de los sentidos y al de la mente; sacaba de nuestra alma lágrimas, suspiros y amores. ¿Desde cuándo existe música filosófica, música ideal, música individualista, como si se tratara de un cuerpo de doctrina expresado en palabras? ¿Desde cuándo la música divide los aficionados en varios bandos, como si fuese una idea política? Desde que tiene alma; desde que es compleja; desde que ha dejado de ser un simple sonido ó una simple armonía; desde que inspira ideas; desde que el músico es pensador á la vez que artista; desde que el compositor se inspira en hechos sociales, en hechos reales, lo mismo que el escultor, el pintor y el literato.

Artistas hay desde que el hombre existe. Es probable, no estamos de ello seguros, que siempre se haya tocado, pintado ó esculpido; pero los músicos, los pintores y los escultores de hoy producen arte más perfecto, más complejo y de mayor grandeza que sus iguales de la antigüedad. ¿Por qué? Porque en la mente de los presentes artistas hay más historia, más progreso, más problemas de todas clases, morales sobre todo. Además, nuestro organismo observa con mayor fidelidad; es más preciso; cuenta con mejores medios de investigación orgánica, *sensible*; siente cuestiones y asuntos que no sentían otros artistas y que pasaron inadvertidos hasta muy cerca de nuestros días.

Si la comedia fuese hoy lo que fué en días no lejanos, lo que es aún hoy para algunos autores: la presentación de asuntos y de tipos primitivos, sin ninguna clase de complejidad moral y psicológica, Rueda tendría razón. Llevar á las tablas los hechos más salientes de un hombre simple en todos conceptos, miembro, por otra parte, de una humanidad más simple aún, no es cosa de gran mérito. Construir un drama con caricaturas de la vida, sin lógica ni hilación de lugar ni de ambiente, á capricho de un escritor que no lee en la historia, en la humanidad ni en el hombre orgánico; tampoco es cosa del otro jueves. Haber escrito comedias en las que los personajes dicen lo que deberían callar, únicamente para que el público se entere de lo que piensa el personaje exhibido ante su presencia, no puede enorgullecer á nadie.

Pero ¿es que no hay arte superior á esa manera de escribir comedias?

Tiende lo que actualmente puede llamarse arte dramático, y en la parte puramente exterior, á desterrar de las tablas los monólogos, los apartes y las exposiciones, (que se llevan la mitad de las obras), para estrechar cada día más la distancia que separa el arte de la vida. Que nos diga el amigo Rueda si no se necesita un ingenio superior y un arte de primera clase para lograr en la escena tal perfeccionamiento artístico.

Y con no haber logrado nadie aún en absoluto suprimir de las comedias monólogos, apartes y exposiciones, no es ello lo más difícil del arte dramático.

Lo más difícil consiste en echar sobre las tablas las diferentes naturalezas humanas ú orgánicas, y dentro de estas naturalezas diferentes, la compleja mentalidad de cada uno de nosotros. ¿Es ello fácil?

Crear hombres, no ya de carne y hueso, sino de alma, de nervios, de rarezas patológicas, de heroísmos históricos, de miserias morales, de rasgos geniales... ¿es cosa de poco más ó menos?

Dominar y vencer la vida presente, estudiarla en sus defectos, analizarla en sus enfermedades, exhibirla en sus grandezas... ¿es arte inferior?

Y si esto no intentaran los autores dramáticos; si el arte de hacer comedias no hubiese seguido la evolución del hombre social, mental, y orgánicamente considerado, el arte dramático dejaría de existir por aquella ley fisiológica que dice: «Órgano que no funciona, se atrofia; pueblo que no evoluciona, desaparece; arte que no acompaña al hombre en sus anhelos, en sus progresos morales é intelectuales, deja de existir.»

Porque si el arte dramático ha de ser algo, es necesario que sea realidad y vida, y la vida presente no es aquella que concebían los antiguos autores de una sola nota, trágica ó cómica, ni la que conciben actualmente algunos que del teatro viven, empeñados en dar á las generaciones presentes un arte propio, por su candor infantil, por su crueldad ó por sus ilusiones, de edades pastoriles, guerreras ó románticas.

Entonces sí sería inferior el arte de hacer comedias; pero como no tendría la representación de la actual existencia, de la presente complejidad psicológica, colectiva é individual; de los actuales dolores, de los presentes anhelos, de las ambiciones que nosotros

sentimos y de las penas que nosotros lloramos, el arte dramático moriría por inadaptación al medio, como muere las especies de animales que no se adaptan á las revoluciones geológicas; entonces el arte de hacer comedias desaparecería por incapaz para seguir á la especie humana en su avance hacia estados sociales artísticos y científicos mejores y más perfectos que los pasados y los presentes.

FEDERICO URALES

Concepto de la civilización.--Su medida ⁽¹⁾

Los variadísimos aspectos bajo los cuales nos presentan los pensadores el concepto de civilización, proceden, á mi modo de ver, de dos dificultades. Una que pudiéramos llamar objetiva, la cual tiene su origen, en que variando el ideal de civilización según la época, y dependiendo del criterio sobre la vida que en cada período histórico y en cada lugar de la tierra han tenido los hombres, este ideal ha evolucionado sin cesar, adaptándose á una mentalidad colectiva determinada.

La otra dificultad es de carácter subjetivo, pues habiendo existido, aun en una misma época y país, gran diversidad de opiniones y creencias, el concepto de que tratamos adquiere tonalidad distinta, según el criterio individual con que se le estudie.

Para nosotros debe, por lo tanto, ser una resultante lógica de nuestra actual manera de concebir la vida, de nuestro modo de ver, acerca de lo que ha sido el gran problema de toda filosofía: la explicación del mundo y del hombre.

Las tres fases admitidas por Comte en el desarrollo intelectual de la humanidad, religión, filosofía y ciencia, contemporáneas en su origen, pero separadas por su distinto desarrollo, de tal modo que se las puede considerar como sucesivas, son factores primordiales que nos precisa examinar, para deducir cuál de ellos puede servirnos de criterio de certidumbre.

Si pudiéramos aquí bosquejar la evolución que las creencias y las religiones positivas han experimentado desde sus comienzos, nos bastaría este solo estudio para comprender que el ideal religioso no puede servir de norma á una sociedad que se llame civilizada.

Peró no es ese nuestro objeto. Pretendemos más bien analizar el carácter y fundamento de la religión, comparar ese ideal con el que hoy resulta de nuestra actual manera de ser y sentir, de nuestras relaciones con el mundo y ver si se adapta, en una palabra, á nuestra constitución física y mental.

Todas las religiones parten de un principio común que les sirve de base inquebrantable: el dualismo de Dios y el mundo. El Sér infinito, grande y poderoso, en un acto de soberana voluntad creó el Universo; éste, por lo tanto, debe ser considerado exterior á Dios, distinto de Él, subordinado á Él. Para nosotros, el acto de «crear», de sacar algo de la nada, es inconcebible. Sabemos que la materia en vertiginoso proteísmo se transforma incesantemente; pero no hemos visto, ni nos lo hacen presumir los resultados obtenidos por las ciencias que de la materia se ocupan, que ésta pueda destruirse y, con ma-

(1). Información al tema que se discute actualmente en el Instituto de Sociología, leída por su autor en la sesión del sábado 7 del corriente.

por razón, producirse de la nada. Esta última, á su vez, considerada como el vacío absoluto, como la carencia absoluta de espacio, tampoco nos es posible concebirla. La «creación», por lo tanto, en el sentido que la teología la admite, no puede ser objeto de una investigación científica, está fuera de nuestro alcance, hemos de renunciar á agitarnos en el vacío, discutiendo palabras que no se corresponden en modo alguno con conceptos racionales.

Pero aunque esto sea así, salvemos esta dificultad, admitamos la «creación»; admitamos que el Sér perfecto por excelencia «creó» el mundo, el cual, como obra suya, nos dice la Teología que es una obra perfecta. Si la perfección suprema quiso crear otra perfección, se negó á sí misma.

Dos perfecciones absolutas no pueden coexistir: ó Dios es perfecto y el mundo imperfecto, ó la inversa. Estamos en presencia de lo que Proudhon llamaba *antinomia*; uno de los términos excluye necesariamente al otro.

No basta, sin embargo, que Dios haya creado el Universo; es necesario, además, que regule su marcha, que intervenga constantemente en el gobierno del mundo y en el destino de los seres. Pero el hombre ha descubierto leyes naturales—que por cierto no estaban consignadas en los códigos que se dicen revelados por Dios—que son *eternas é inmutables*; estas leyes siguen los movimientos de la materia, y gracias á su conocimiento exacto, la astronomía ha podido prever la aparición de nuevos astros, y la química ha podido anunciar el descubrimiento de nuevos cuerpos simples. Nada hace ver en el Universo la intervención constante de una voluntad suprema; nada hace suponer que en él existan casualidades ó milagros; sólo vemos fenómenos regidos por leyes, y establecida la ley desde *ab initio*, el legislador sobra. Hemos de llegar á una conclusión que repugna á la Teología: Dios es á modo de rey constitucional, que reina pero no gobierna; creó el mundo, le dió leyes y reposa desde entonces satisfecho de su obra, sin poder ya variarla, con lo cual se limita á sí mismo, es decir, se niega.

El deísta de buena fe ha de persuadirse, por lo tanto, de la inutilidad de sus esfuerzos al querer estudiar el Universo y el hombre, con el auxilio de su razón y guiado por la experiencia. Las verdades que se dicen reveladas, deben bastarle. «Todo está bien», deberá decir; el destino de los seres está marcado desde que comienzan su existencia, por el que es principio de todas las cosas; en cuanto al hombre, Dios le ha hecho prenda del libre albedrío, pero ese mismo Dios, terrible y justiciero, le pedirá un día estrecha cuenta de su conducta; después de haberle permitido obrar según su voluntad, le castigará con una eternidad de penas sin cuento si no ha cumplido sus mandatos: ¡Qué lógica tan sublime!

No nos basta que los que admiten un Dios creador y legislador á la vez, le consideren solamente como una «causa»; esta noción es demasiado vaga para que nos permita resolver de plano el problema del Universo; es necesario que nos describan sus cualidades, que dentro de lo limitado de nuestra inteligencia nos den una idea que pueda considerarse siquiera como aproximada. Al llegar aquí comienza una nueva serie de contradicciones. Ese Dios es para la mayor parte de las religiones *semejante al hombre*; es al mismo tiempo infinito é invisible; para nosotros concebido de tal modo, nos resulta lo que Haekel ha llamado con razón «un vertebrado gaseoso»; para muchos es uno é invisible, para otros es uno y trino, padre é hijo, creador, destructor y conservador, ofreciéndonos así en las diversas teologías una extraña amalgama de caracteres que nos llena de confusiones y de dudas.

Hipótesis de tal modo insostenible, ha sido y lo es todavía profesada por la mayor

parte de las sociedades humanas, ha influido de un modo decisivo en su marcha, ha marcado su progreso. Pero la universalidad de esta creencia, argumento muy socorrido, no prueba su certidumbre. Los grandes errores que han acompañado a la Humanidad en su desarrollo, se van desvaneciendo; el error *geocéntrico*, admitir que la tierra es el centro del Universo, era indiscutible antes de Copérnico y Galileo; hoy está en contradicción con los resultados de la Ciencia. Que se hayan equivocado millones de hombres, no prueba que se hayan de equivocar todos los millones que les sucedan. ¡Cuántas supersticiones no han desaparecido! ¡Cuántas creencias no han pasado ya a la Historia, catalogadas como lo están los fósiles por la Paleontología!

No basta, por lo tanto, permanecer mudo ante el problema; es necesario negar lo que se nos presenta desnudo de toda lógica; es necesario rechazar hipótesis desprovistas de todo fundamento serio. Este criterio se impone cada día con mayor fuerza, cuando la Historia nos enseña que esas creencias han sido propagadas muchas veces por la fuerza de las armas, impuestas por el terror, conservadas por el hierro y el fuego; cuando vemos que desde las invocaciones mágicas y los sacrificios humanos, destinados en otros tiempos a provocar la intervención milagrosa de la divinidad, hasta las supersticiones groseras que deshonran hoy a las naciones cultas, existe una cadena no interrumpida de misterios, de creencias y dogmas, considerados como productos infalibles de la revelación divina y sostenidos por la ignorancia y el fanatismo sistemáticamente conservados.

No necesito citar muchos ejemplos. La *inmortal* Universidad de Cervera, declarando funesta la «manía de pensar», el piadosísimo Felipe II, avivando con sus propias manos las hogueras del Santo Oficio, y el sanguinario conde de Maistre, pidiendo que se elevara el verdugo a la categoría de sacerdote, son los símbolos de la reacción teocrática en todos los tiempos.

Estas solas consideraciones serían suficientes para que no continuáramos nuestro análisis; sigamos, sin embargo, adelante; veamos si, a pesar de todo, en el fondo de las religiones podemos encontrar alguna fórmula propulsora del progreso, algo que nos sirva de norma en nuestro breve paso por la tierra. Hemos dicho que el principio fundamental de toda religión es el dualismo de Dios y el mundo. El hombre, semejante a Dios, a quien debe su existencia, se ha de encontrar identificado con Él, su vida ha de ser una continua preparación para otra vida mejor; por otra parte, la máxima «ama a tu prójimo como a tí mismo», proclamada como suprema ley moral por los apóstoles de las religiones, se identifica con el mundo. La contradicción es evidente; si el hombre vive para sus semejantes, se aleja de Dios, el ideal del místico ha de ser el ascetismo.

Los verdaderos creyentes son los penitentes demacrados que torturan su carne, que sufren, si es preciso, el martirio sin pestañear; aquéllos que tan admirablemente nos representó el genio realista y vigoroso de Ribera *el Españolito*.

Dejemos ya de cebarnos en un cadáver. El ideal religioso pertenece al pasado; fué entonces una manifestación sintética del espíritu que abarcó todos los órdenes de la vida; hoy lucha con desesperación contra el presente; el porvenir le rechaza. Aun prescindiendo de los dogmas, esa aspiración mística y vaga hacia algo mejor, esa tendencia hacia lo infinito y lo eterno, aquí donde todo es limitado y perecedero, no pueden ser norma de nuestra vida, no pueden ser acicate de nuestra actividad. Quédense para los espíritus perezosos que han resuelto cómodamente, por ese medio, todos los problemas.

* * *

La palabra Filosofía ha tenido siempre, y todavía tiene, excepciones muy diversas; lo prueba el hecho de que es necesario acompañarla de un adjetivo para que nos precise

con mayor claridad el concepto que deseamos expresar. Así se dice, por ejemplo, filosofía escolástica, filosofía racionalista, filosofía natural, etc.

Si por filósofo entendemos amante del saber, ese calificativo merecerían muchos hombres que no figuran, á buen seguro, en la historia de las teorías filosóficas. Considerada la filosofía como la *investigación de la razón de las cosas*, parece ser que no tiene otro objeto que hacernos comprender esa razón, que no tiene, por lo tanto, más que un fin puramente especulativo. En este caso se encuentran la Ontología y la Metafísica.

El carácter primordial de la Metafísica es el ser sintética y deductiva, apriorística, en una palabra. Partiendo de conceptos generales y vagos, de puras abstracciones personificadas por entidades: El Espíritu, el Alma, lo Inmanente, lo Trascendente, lo Absoluto y tantos otros, pretende explicar el origen y fin de las cosas, la esencia de los cuerpos, la formación de los seres, y dar respuestas definitivas á todas estas cuestiones, respuestas basadas en rigurosas consecuencias del frío razonamiento, no compulsadas con la realidad viva que el filósofo quiere representar en su mente, sin estudiarla previamente por el análisis.

Por eso, apartada la Metafísica del empirismo, basada en la pura especulación, no ha hecho más que plagiar á la Teología. Es más, le ha servido de palanca poderosa, ha contribuído á perpetuar el dogmatismo. No olvidemos algunos ejemplos elocuentes: la trinidad cristiana fué establecida por San Agustín basándose en un razonamiento metafísico; éste también creía, firmemente apoyado en su filosofía, que la tierra era plana. El divino Platón nos hace reír al querer explicar las funciones del organismo en un tiempo en que todavía no se habían hecho disecciones, en el que la Fisiología era desconocida por completo. Hegel, con quien la Metafísica *llega al delirio*, sacrifica en su sistema la naturaleza entera al *Espíritu*, sacrifica al individuo ante la *Humanidad*, que es para él una manifestación de lo absoluto, sanciona la tiranía. ¡Como si la libertad y el bienestar de millones de seres dependieran de un sonoro silogismo!

«Filosofar por filosofar—dice Proudhon—es una idea que no entrará nunca en un espíritu sano. Sobre este punto el testimonio universal ha fallado sin apelación. El pueblo, eminentemente práctico, preguntaba de qué servía toda esa filosofía, cómo había de hacer uso de ella; y como se le respondiese con Schelling, que la Filosofía existe por sí y para sí, y sería rebajarla darle algún empleo, el pueblo se ha burlado de los filósofos y todo el mundo ha hecho lo mismo que el pueblo.»

No hemos de negar sin embargo, que la Filosofía, comparada con la Religión, representa un progreso que ha buscado en muchas ocasiones la verdad, sacudiendo la tiranía del dogma, desentendiéndose de la letra muerta de los libros sagrados. Bien claramente lo comprendió así un católico ilustre, Mariana, al exclamar con amargura: «¡Ay de la Religión cuando de un lado están los sacerdotes y de otro los filósofos!» Pero su mismo afán de hacer síntesis prematuras, les ha conducido á forjar abstracciones que no existiendo más que en la imaginación, no han podido adquirir dominio sobre la realidad. Acaso despojándose la Filosofía de la manta *teleológica*, ó de las causas finales, acaso siendo más utilitaria, atendiendo más á la idea que á la forma, reducida muchas veces á una terminología abstrusa, hubiera ejercido verdadera influencia en la civilización. «Lo que más caracteriza al verdadero filósofo—decía un pensador alemán—es no enseñar la filosofía. Las verdades más sencillas son siempre las últimas que llega á conocer el hombre.» (1)

(1) «La Filosofía—dice Locke—consiste en detenerse cuando la antorcha de la física no nos alumbrá.»

Admirable es el esfuerzo de la Filosofía en los últimos siglos al secularizar las bases de la vida social, arrancando á la Teología las nociones de derecho, moral y justicia; mas por desgracia, á la tiranía del dogma ha sustituido la tiranía del pensamiento, ha destruido los antiguos ídolos, pero los ha reemplazado con otros nuevos; su Dios no es el sér contradictorio y absurdo de los religiosos, pero es una nueva ficción. Escuchemos á Fenerbach. «El Sér infinito ó divino; es el sér espiritual del hombre proyectado por éste fuera de sí mismo y contemplado como un sér independiente. El Hombre es el Dios del Cristianismo, la antropología es el secreto de la religión cristiana. En nombre de esa abstracción se ha querido establecer una moral universal, cuya ley suprema es el *imperativo categórico*; en su nombre se han promulgado códigos y leyes que tienen por objeto no prevenir ni enseñar, sino castigar tan sólo, [ese Hombre-Dios nos impone servicio y deber, requiere también su culto; recuérdese la desdichada «Religión de la Humanidad» fundada por Augusto Compte. «El Hombre, de Fenerbach,—dice el gran pensador Stirner, tan injustamente olvidado—es un nuevo sér imaginario formado separando del individuo algunos de sus atributos; este Hombre es un mero sér supremo, no tiene ninguna realidad, es una usurpación hecha al individuo.» «El Dios—añade—ha dejado su puesto al *Hombre* y no á nosotros. El *más allá exterior* ha sido destruido, pero el *más allá interior* reina; ese es el nuevo cielo que hemos de combatir.»

A la Religión y á la Filosofía, ha sustituido la Ciencia.

Basada en los datos analíticos que nos suministra la observación y la experimentación, ha proclamado que no hay efecto sin causa, ha desechado el misterio de las revelaciones, y eliminando toda ley anterior á los hechos, ha partido de los hechos mismos para deducir una ley, de la realidad para deducir un ideal. Las hipótesis de la Ciencia se distinguen de las hipótesis de la Filosofía en que ésta las deduce como consecuencias de un sistema absoluto, pretende forzar á la Naturaleza á aceptarlas, en tanto que las de la Ciencia son resultado de síntesis, las cuales á su vez resumen una multitud de hechos demostrados por la experiencia, síntesis provisionales, sin carácter definitivo, que han de estar, para ser aceptadas, en concordancia con los hechos observados, que han de permitir anunciar otros nuevos, pero que pueden ser sustituidas por otras cuando nuevas experiencias nos las confirmen.

Estudiar, en términos científicos, no es buscar los principios fundamentales de las cosas; es investigar la relación que existe entre el objeto de estudio y los conocimientos resultantes de la experiencia ó de estudios anteriores. En una palabra, determinar y expresar por medio de *lo conocido* la cualidad de *lo desconocido*. Esta investigación se logra del modo siguiente: determinada *la cualidad*, se determina *la cantidad* midiendo todo lo que, siendo medible, puede servir para fijar la relación numérica del objeto de estudio á las nociones ya establecidas; deduciendo de los resultados de la experiencia las relaciones que existen entre los fenómenos y sus causas, formulando así *la ley* que existe entre los factores variables; formando hipótesis que, reuniendo las leyes de un modo comprensivo, nos expliquen todo lo que se refiere á una misma clase de fenómenos. Y por último, se establece la teoría de los hechos; se demuestra que éstos son consecuencia de los ya conocidos y dependen de las condiciones del medio en que han tenido lugar.

La observación imparcial detenida y serena es otra condición necesaria para el estudio científico; nada nos da idea de lo que debe ser esta observación, como las elocuentes palabras de Paul Bert en su notable biografía sobre aquel genio de la Ciencia, el ilustre

Claudio Bernard. «Es preciso, decía, no experimentar jamás á ciegas ó al azar; hay que trazar el plan de la experiencia; pero una vez la obra comenzada, hacerse pasivo, convertirse en cierto modo en puro contemplador; no imitar á los que llevan una idea fija que sólo interrogan por fórmula y hacen al mismo tiempo la pregunta y la respuesta; verlo todo, lo que se relaciona con el orden de investigaciones emprendido y lo extraño á él; aceptar dócilmente lo que da la experiencia, sea el resultado favorable ó desfavorable á la idea preconcebida, y hasta con más alegría en este último caso, porque es indicio de una nueva incógnita, y, por tanto, de un descubrimiento nuevo que hacer; luego, al salir del laboratorio, hacerse otra vez libre, recobrar la imaginación, reflexionar, deducir, si es tiempo, ó concebir una hipótesis nueva, que la experiencia juzgará al día siguiente, y aun, si se encuentra un hecho más importante, dejar allí el asunto primitivo de la investigación para seguir este filón imprevisto. Así es como, alternativamente activo y pasivo, esclavo y dueño, el experimentador puede llegar á dominar lo desconocido.»

Vemos, pues, que el objeto de la Ciencia es el mundo real, su guía la experiencia. Nada que no haya sido estudiado por el más detallado análisis, puede ser aceptado. Lo infinito, lo absoluto y lo transcendente no tienen en ella cabida. Si se ocupa de estas abstracciones de la Teología y la Metafísica, es para investigar su origen y desarrollo, para explicar las causas que han contribuido á su evolución y su decadencia.

No se ha de creer, sin embargo, que la Ciencia limita sus investigaciones á fenómenos concretos y determinados, se esfuerza en abarcar el Universo entero; no emplea únicamente el análisis, recurre también á la síntesis; pero las síntesis que establece son, como ya hemos dicho, rigurosa consecuencia de los hechos. Los conocimientos científicos forman una serie gradual, cuyos elementos constituyentes son los hechos y también los principios que es necesario admitir como último resultado del análisis. El tiempo, el espacio y la cantidad, en Matemáticas; la materia y la fuerza, en Física; los cuerpos simples, en Química; la asimilación y la reproducción, en Biología, son nociones que es necesario aceptar para comenzar un estudio, sin preocuparnos de lo que estas nociones sean en sí; nos basta por hoy averiguar el *cómo*, no el *por qué* de las cosas.

••

¿En qué sentido podremos, por lo tanto, formular un ideal social? En el sentido de la más viva aspiración del hombre. El objeto de todo conocimiento es la vida; necesitamos una norma de vida, porque queremos vivir; queremos, con Guyau, dar á la vida toda su intensidad; queremos darle, al mismo tiempo, toda su expansión.

El hombre terciario, salido apenas de la animalidad, poseía como las demás especies el instinto egoísta ó de conservación y el instinto social ó de reproducción.

La ciencia nos ha mostrado que esos sentimientos instintivos de la naturaleza humana han sido precisados y agrandados por la evolución incesante de nuestros conocimientos y el desarrollo hereditario de nuestras aptitudes. Su vida se hace más fecunda, á medida que va siendo más consciente requiere entonces mayor campo á su actividad; pero únicamente en vida integral pueden encontrarse equilibrados el egoísmo y el altruismo.

La trilogía del monismo admitida por Haeckel: lo verdadero, lo bello y lo bueno puede y debe simplificarse. Con lo verdadero tenemos lo bello; la belleza que no tenga como esencia la verdad será perecedera. Por eso perduran las grandes obras de los genios del arte; por eso viven y vivirán los mármoles de Fídias y Praxiteles, los frescos de Miguel Ángel, los lienzos de Velázquez y del Ticiano.

El tercer principio de esa trilogía tan elocuentemente expuesta por el Sr. Ayuso es lo bueno, la Moral.

Pues bien; la Moral como entidad objetiva, con carácter immanente, que se imponga en todos los tiempos, no puede admitirla la ciencia positiva. Por no fatigar vuestra atención, no he de insistir ahora sobre este punto, con tanta elocuencia defendido por mi querido amigo el Sr. Gay. Sólo diré que si hemos de prescindir de especulaciones metafísicas, preciso será para elevarnos descender á nosotros mismos; preciso nos será, con Guyau, llamar á la vida para regular la vida. La moral del premio y del castigo y la moral del imperativo categórico, son coactivas, no emanan de la vida misma; exteriores á ella la impiden desenvolverse, por eso nos basta la sencilla fórmula de la *vida fecunda* en su aspecto físico y mental, característica de vivir consciente. No queremos obligación, no necesitamos sanción.

Otra resultante del ideal de civilización que, basado en las concepciones científicas se va elaborando, es la cultura moderna, la difusión de los conocimientos.

Es muy cierto, como decía con frase galana y concisa el Sr. Huguet, que en los pueblos antiguos la cultura y la civilización no marchaban unidas. La cultura estaba restringida, era patrimonio de las castas, no podía ejercer influencia sobre la sociedad. Pero hoy los adelantos materiales innegables, no sólo han contribuido á aumentar el bienestar, han extendido la cultura, la han hecho accesible á todos, y para formarnos una idea de su influencia poderosa, nos basta comparar el estado actual de algunas naciones europeas con el de las remotas sociedades del Asia ó del Africa. Hay que tener en cuenta, además, que la civilización moderna no es más que un esbozo de la que han concebido pensadores eminentes; un paso hacia el ideal que creemos más próximo á realizarse. La difusión de los conocimientos es para nosotros una garantía de que será imposible todo retroceso; la evolución seguirá su curso acelerado tal vez por revoluciones que se presagian, y se adquirirá una vez más la firme convicción de que las formas sociales no son eternas, que están *hechas para el hombre y no el hombre para ellas*, que no pueden cristalizar en su estado actual, porque la materia viva no cristaliza, se reproduce y crece.

Voy á terminar, pero no quisiera hacerlo sin antes hablar de una hipótesis que emitida no hace mucho tiempo por algunos pensadores, ha sido tema de vivas controversias.

Nadie puede negar que el hombre, sujeto como las demás especies á continua evolución, se ha ido perfeccionando á partir de su estado primitivo muy próximo al de los primates superiores. Los restos del hombre terciario, tales como el cráneo de Neanderthal, la mandíbula de Moulin Quignon, y más recientemente el sensacional descubrimiento de Dubois en la isla de Java, son pruebas suficientes que demuestran esta verdad; además, la existencia en el hombre de órganos rudimentarios y anomalías regresivas, no tiene explicación más que en la teoría transformista. En vista de esto cabe preguntar: ¿Es el hombre una forma definitiva que ha sufrido un arresto en su desarrollo? O por el contrario, ¿se puede esperar que la forma humana actual sea, en época tal vez no lejana, sustituida por otra más superior, tanto en su parte física como en su aspecto mental? En otros términos: ¿es lógico esperar la aparición del *super-hombre*?

No vacilamos en contestar afirmativamente.

Nos fundamos en que nada nos hace creer que la evolución comenzada se detenga. Consideramos una afirmación temeraria que está en contradicción con todo lo que hemos aprendido del pasado, el suponer que esa evolución pueda cesar, que el progreso

se haya detenido en el hombre actual, dando origen á una especie inmutable. La ley de la selección natural contradice esta opinión; los individuos mejor conformados, aquellos que por circunstancias especiales han desarrollado mejor sus aptitudes hereditarias, son los que sobreviven y perpetúan la especie. Entre éstos aparecen algunos que la paleontología ha llamado «especies proféticas», en los cuales se reúnen condiciones que les hacen más aptos que sus congéneres. Lo propio ocurre también en la especie humana. En todas las épocas han existido hombres superiores á su tiempo, que muchas veces han sido consagrados por la posteridad con la aureola del genio, los cuales, imprimiendo á un orden de actividad impulso vigoroso, han sido los precursores.

En el pasado siglo, grande entre los grandes, que nos ha legado una herencia de valer incalculable, encontramos muchos ejemplos: la infatigable actividad y poderoso genio analítico de Darwin; la extensa cultura y la serenidad de juicio de Spencer; el genial empirismo de un Lavoissier y un Claudio Bernard; la colosal inspiración de un Beethoven, nos los presentan, cual á otros muchos, como precursores del super-hombre. Para que este hombre nuevo pueda vivir en su medio, su actual estructura del cuerpo social—muy superior á la que hoy se vislumbra como posible, ha de modificarse necesariamente—ha de encontrar cada día más resistencia á la inmovilidad, á medida que vaya siendo menos adaptable á la mentalidad colectiva.

Resumo ya: la investigación de la verdad desligada de prejuicios y dogmatismos; la aplicación de los conceptos científicos á todos los órdenes de la actividad; la libertad como límite hacia que ha de tender toda evolución; el mantenimiento y acrecentamiento de la vida, única posesión de cuya realidad no podemos dudar, son para nosotros factores primordiales de la civilización. Tal vez el hombre de hoy, ligado todavía al pasado, que lleva impresa por herencia la huella de tantos siglos de lucha, no llegue á realizar esta aspiración. Pero no dudemos de que habrá contribuído á ello. No dudemos de que podrá un día realizarla el *hombre nuevo*, animado sólo por pura dinámica interior, siendo él mismo regulador de sus acciones, sin más ley que la que lleva impresa por naturaleza, levantando así, por encima del orden actual, un orden nuevo basado en un principio fecundo: Solidaridad.

JOAQUÍN BOGUERÍN

CRÓNICA CIENTÍFICA

El Rhin fuerza motriz: empresa del Etzel.—El viento y la electricidad: luz eléctrica barata.—Aplicación á la telefonía óptica de las propiedades eléctricas del telurio.—Invencciones recientes: aparato Hampson para la liqüefacción del hidrógeno; procedimiento Callendar para la determinación del equivalente mecánico del calor; reproducción magnética de las auroras boreales.—Nuevo planeta y nuevo cometa.—Bibliografía: «Mutual aid», por Kropotkine.—Modificación de un principio Darwiniano.

Los Ingenieros de Zurich se proponen utilizar, en grande escala, la fuerza motriz del Rhin, restableciendo al efecto en el valle de Eu, un lago que existió en otro tiempo formado por el Sils, al lado del monte Etzel.

Este lago artificial tendrá una superficie de 11 kilómetros cuadrados y contendrá un

volumen de 100 millones de metros cúbicos de agua. La presión de esta masa líquida, transformada en fuerza eléctrica, puede suministrar una fuerza de 30.000 caballos de vapor por jornada utilizable de 24 horas, ó sea 90.000 por jornada obrera de ocho horas.

Los estudios de ese gran proyecto están terminados, y ya se anuncia la formación de un *trust* de capitalistas é industriales para aprovechar, en beneficio propio y exclusivo, esa fuerza natural, explotar ese descubrimiento científico y despojar ó robar por su mediación á todo bicho viviente que como trabajador ó consumidor haya de relacionarse con la empresa.

Como es consiguiente, los accionistas lograrán grandes beneficios, se harán ricos, y la posesión de esas riquezas, que de ningún modo habrán contribuido á producir, se la garantizará el Código y la bendecirá la Iglesia, y el que atente contra ella será considerado como ladrón por la ley y como réprobo por la religión. Y adelante la explotación y la farsa, hasta que un día se propongan los trabajadores poner el punto final expropiando lisa y llanamente á tanto tuno.

*
* *

En algunos países del Norte de Europa, especialmente en Alemania, se usan mucho desde hace algún tiempo los molinos de viento como motor de los dinamo-eléctricos utilizados para el alumbrado.

Claro es que en los países en que domina generalmente la bonanza el procedimiento es impracticable; pero en aquellos otros en que la frecuencia y la fuerza de los vientos permiten su empleo, puede obtenerse con él un alumbrado eléctrico barato.

En Nershall existe una fábrica de barnices, cuyas lámparas de incandescencia están alimentadas por un molino de viento que mueve á un dinamo eléctrico. En Busson, en la costa del mar del Norte, una sociedad eléctrica de Dusseldorf ha montado un molino de viento que eleva á la torre un peso que al bajar mueve el dinamo. Sobre el litoral de Holstein, un molino, cuya rueda mide 24 metros de radio, ha sido instalado por una sociedad hamburguesa para mover un dinamo que da una corriente de 30 volts; á la velocidad de viento, de dos á tres metros, puede recargarse la batería sin discontinuidad.

Todo eso constituye una feliz domesticación de las fuerzas naturales por el trabajo humano.

*
* *

Se ha utilizado poco hasta el día la notable propiedad que tiene el selenio de modificar la resistencia de la corriente eléctrica según la menor ó mayor luz que recibe. Opinamos que las aplicaciones de esta propiedad están llamadas á servir de base á invenciones de la mayor importancia.

Por lo pronto, sabemos que un profesor alemán pretende haber podido telefonar recientemente á una distancia de siete kilómetros con un aparato óptico fundado sobre dicha propiedad, basado en la siguiente disposición:

Un reflector parabólico de 35 centímetros de diámetro envía los mensajes aéreos en la dirección deseada: ese es el transmisor, en cuyo centro se halla una lámpara de arco de 16 amperes.

El receptor consiste en un espejo de la misma forma y dimensiones que el transmisor; en el eje óptico de ese espejo receptor se dispone un cilindro de selenio, unido á dos teléfonos y á una batería.

Los rayos luminosos emitidos por el transmisor determinan, pues, variaciones en el

receptor, y estas diferentes variaciones reproducen el sonido de la voz, recogido conforme va produciéndose por el teléfono.

* * *

Un reciente número de la *Revue Scientifique* da cuenta de los descubrimientos verificados en el Observatorio de Niza. Mr. Charlois ha descubierto un nuevo planeta, y Mr. Giacobini un nuevo cometa.

El planeta pertenece al grupo, cada día más numeroso, de los asteroides, y se hallaba a la fecha situado en la constelación del Toro, al Sur de las Pléyades; es de undécima magnitud, y, por tanto, invisible á simple vista, necesiándose para verle un poderoso telescopio.

El cometa se nos presenta como un astro de duodécima magnitud, es decir, sólo visible en un cielo clarísimo, por medio de poderosos instrumentos; se hallaba en la constelación del Unicornio, al Sur del Perro; su movimiento, dirigido hacia el Noroeste es muy débil, y todo induce á creer que se trata de un nuevo cometa periódico.

* * *

La Sociedad real de Londres para el fomento de las Ciencias ha organizado una exposición de invenciones y descubrimientos recientes en los diversos ramos de la ciencia y de la industria.

Algunos de los aparatos en ella presentados merecen particular mención, que nos complacemos en ofrecer á los lectores que nos favorecen con su atención benévola. Hélos aquí.

1.º Se trata de un nuevo procedimiento, debido á Mr. Hampson, para la liquefacción del hidrógeno.

El aparato está basado en este principio: el hidrógeno comprimido á la temperatura ordinaria y suelto después se calienta, mientras que si se comprime á una temperatura inferior á la normal, si se le suelta, se enfría.

En el aparato Hampson, el hidrógeno en estado gaseoso pasa, bajo una presión equivalente á 150 atmósferas, á través de serpentines enfriados por el ácido carbónico sólido, del aire líquido á 185 grados bajo cero, y de aire líquido en ebullición, bajo presión reducida á 200 grados bajo cero.

El paso del hidrógeno por esos serpentines asegura un enfriamiento enorme del gas antes de penetrar en un serpentín regenerador, donde, soltándose, se liquida parcialmente.

El gas liquidado se recoge en un recipiente en que se ha hecho el vacío bajo el aparato de liquefacción. La parte del hidrógeno que no ha sido liquidada vuelve al compresor y contribuye al enfriamiento de nuevas cantidades de gas.

Por este procedimiento la liquefacción del hidrógeno es bastante rápida: se obtiene próximamente un litro por hora.

2.º Mr. Callendar ha presentado un ingenioso aparato para la determinación del equivalente mecánico del calor, consistente en un cilindro de latón con agua hasta la mitad, y que gira sobre su eje impulsado por un motor eléctrico.

Alrededor de su periferia hállase un freno de correa, formado mitad de cuero mitad de seda, con un peso suspendido á cada extremidad. Cuando aumenta la frotación el freno se desliza sobre el cilindro, la seda se pone en contacto con éste y sobreviene una disminución inmediata de la frotación; si ésta disminuye, se desliza la correa en sentido inverso, poniendo en contacto con el cilindro la parte del cuero, y la frotación aumenta

de nuevo. De modo que por este sencillo mecanismo se obtiene rápidamente la posición de equilibrio, y el número exacto de kilogrametros correspondiente puede calcularse en razón del peso y de la velocidad de rotación en el momento en que se efectúa el equilibrio.

3.º . Por medio de un curioso experimento, Mr. Ramsay, reproduce en pequeña escala una aurora boreal, sirviéndose de un poderoso electro-imán vertical y de piezas polares que se extienden desde la extremidad superior á la inferior de este electro-imán en una dirección horizontal. Entre las piezas polares se encuentra un globo en que se ha practicado el vacto, y que contiene un anillo en su parte superior.

Lanzada una corriente alternativa poderosa en las espirales del electro-imán, el anillo colocado en el globo da efluvios desviados hacia la parte inferior de la campana.

Estos efluvios reproducen con bastante exactitud los rayos de las auroras boreales.

* * *

Sabido es que Kropotkine es un gran escritor y un narrador excepcional; á esos méritos y á otros que se le reconocen hay que añadir que sobresale como hombre de ciencia, y para nadie es un misterio que en esta Inglaterra monárquica, pero liberal, que tiene á orgullo darle un asilo que Francia, republicana y burguesa le niega, la más importante revista inglesa, la *Nineteenth Century*, careció de redactor científico desde la muerte del ilustre Huxley hasta que Kropotkine aceptó, después de repetidas instancias, la sucesión del gran naturalista inglés.

Las obras científicas del ilustre proscrito son ávidamente leídas y comentadas por el público inglés, y de ellas la última, *Mutual Aid* (Ayuda mutua), que acaba de publicarse y que no tardará en ser traducida á todas las lenguas, merece los elogios unánimes de la prensa inglesa y yanki.

En el curso de esta obra, que representa veinte años de constante trabajo, el autor demuestra que ciertas especies de animales que se califican de inferiores son en varios conceptos tan sensibles y morales como los seres humanos. Con lógica inflexible, apoyada en numerosos y variados ejemplos, establece claramente que la moral natural, la higiene, la beneficencia, la emulación, etc., existió entre varias especies de aves, de insectos y cuadrúpedos miles de años antes de la aparición del hombre sobre nuestro planeta. La excursión que hace el autor al mundo de las diferentes especies, no tanto para estudiar sus costumbres como para deducir consecuencias de alcance científico y sociológico, es de lo más original é interesante que puede leerse. Citemos entre mil ejemplos el del *viscacha* ó conejo ruso que se ha formado una civilización para su uso: estos inteligentes animalillos viven asociados por grupos de cien individuos en verdaderas villas subterráneas, y las noches de luna llena las dedican á visitarse mutuamente, sosteniendo en su lenguaje secular largas conversaciones. Cuando muere uno sus compañeros cavan una fosa y le entierran con respeto.

Los ejemplos admirables de ayuda mutua entre los animales, especialmente las hormigas, las aves, los pecanos, etc., son tan curiosos como instructivos.

En su conjunto el libro es una franca refutación de uno de los principios establecidos por Darwin, de que, no obstante, Kropotkine es uno de los más sinceros admiradores, lo que no impide que haya creído necesario demostrar, y esto con notable éxito, que no son los más fuertes ni los más hábiles los que triunfan en la lucha por la existencia, sino los que mejor saben cooperar á la protección mutua.

TARRIDA DEL MÁRMOL

La novela contemporánea y el movimiento social

Ni puedo, ni debo, ni quiero—y obsérvese que pongo el querer sobre el deber y éste sobre el poder—ni puedo, ni debo, ni quiero, digo, rehusar la invitación que me hace la sección de Literatura de ese mi querido Ateneo científico, literario y artístico, de Madrid, para que le dé mi opinión respecto al carácter y tendencia de la novela contemporánea. Como novelista me invita á ello, y reconociéndome tal, ¿cómo he de negarme?

Y basta de exordio.



Los poemas homéricos.... Tengan en cuenta los que oigan leer esto y lo ignoren, que soy profesor de lengua y literatura griegas, y que me van cargando los que hablan del helenismo y no lo conocen sino traducido al francés. Los poemas homéricos, la *Iliada* y la *Odisea*, fueron durante siglos el Larousse del pueblo griego, su enciclopedia de los conocimientos humanos de entonces.

En esos poemas se aprendía de todo: derecho, religión, arte militar.... y cuanto hacía falta. Hoy apenas los consideramos más que como una obra de arte; pero entonces lo eran á la vez de ciencia y de filosofía.

Y es que eso que llamamos hoy arte literario ó literatura, y eso otro que llamamos ciencia, han venido separándose y cobrando cada uno sustantividad y carácter propio, aunque siempre sujetos á mutuo influjo; pero en su principio se dieron en unidad, formando una sola cosa, indiferenciados. Y aquí se me permitirá que aproveche la ocasión para hacer el reclamo de una de mis dos novelas, *Amor y Pelagóia*, citando el siguiente pasaje de su «Epílogo», página 207, que dice así:

«Las artes llamadas bellas surgieron de actividades utilitarias, de oficio, y así puede sostenerse que los primeros versos se compusieron, antes de la invención de la escritura, para mejor poder confiar á la memoria sentencias y aforismos útiles, de lo que nos dan buena muestra los actuales refranes. Y así diremos que composiciones poéticas como ésta:

«El que quiera andar siempre muy bueno y sano,
la ropa del invierno lleve en verano.

ó la de:

Hasta el cenenta de Mayo
no te quites el rayo.

ó la de:

Los en un sin excepción
del género neutro son.

son poemas fósiles ó primitivos.»

Los griegos citaban versos homéricos, como los escritores cristianos citan versillos de la Biblia, para apoyar sus sentencias.

Y ahora vengamos á aquello del homogéneo primitivo y de su heterogeneización progresiva con lo de la diferenciación y la integración de lo diferenciado. Es lo que sustituyó á aquello otro de la tesis, la antítesis y la síntesis que tan de moda estuvo hace unos treinta y tantos años, merced á aquel estupendo poeta que se llamó Hegel, autor de una

(1) Informe á la Memoria del Sr. Ovejero y Maury «La novela y el movimiento social» que se discute actualmente en el Ateneo científico de Madrid, leído en la sesión del 25 del pasado.

epopeya lírico-dramática, la *Ciencia de la Lógica*, que es el evangelio de la lógica por la lógica, ó como si dijéramos: el arte por el arte.

Pues bien; en el homogéneo, ó sea en la pasta de la primitiva cultura, no se habían separado literatura y ciencia, como no se habían separado esas tres entidades—¡tres habían de ser!—de lo épico, lo lírico y lo dramático, de que nos hablan los tratadistas. Y así, preguntar si precedió lo épico á lo lírico y lo dramático, ó fué primero lo lírico ó lo dramático, es no formarse idea de lo homogéneo literario primitivo, que no épico, ni lírico, ni dramático, ni épico-lírico-dramático, sino una cosa de donde por diferenciación habían de brotar los tres géneros.

Tenemos, pues, que cuando los hombres empezaron á fijar por la escritura, ó por otros medios, las obras de su ingenio, no eran aquellas ni científicas ni literarias, y dentro del aspecto literario ni épicas, ni líricas, ni dramáticas, sino que lo eran todo y no eran nada de esto. De allí brotaron la ciencia y la literatura con sus ramos todos.

Renuncio á describir cómo fueron separándose una de otra la ciencia y la literatura, y dentro de ésta sus distintos géneros, y renuncio describirlo, entre otras razones no menos poderosas, por que no lo sabría hacer. Pero sí debo hacer notar que, aunque se diferenciaron entre sí estos distintos ramos de la actividad mental humana, sus relaciones mutuas, influencias, acciones y reacciones de unos en otros jamás han cesado.

Al proceso de diferenciación acompaña siempre el de integración, y la más perfecta integración de lo diferenciado es el acabamiento del progreso. Y así, cuanto más progresa y se perfecciona la ciencia, se literatiza más, se hace más artística, y á medida que la literatura progresa se hace, en cierto sentido, más científica. Los malos hombres de ciencia y los malos literatos tienen la culpa de cierto necio desdén que hacia la literatura muestran no pocos de los que al cultivo de la ciencia se dedican, y del desdén que manifiestan algunos literatos hacia la ciencia.

Para el cultivo de la ciencia, como para el del arte, lo primero que hace falta es imaginación, y lo que más se observa en los grandes descubrimientos científicos es la fuerza imaginativa de sus autores. Cuando hace pocos años me dió por estudiar la geometría que llaman pura ó de posición, lo que más admiré fué la privilegiada imaginación de Standt, su creador, una imaginación verdaderamente poética. Y lejos de ser yo de los que se sorprenden de que D. José Echegaray promiscue entre las funciones abelianas y los conflictos dramáticos, me parecen que son cosas que fluyen de una sola y misma fuente, y creo que para él las ecuaciones algébricas son personajes dramáticos, y los personajes dramáticos ecuaciones algébricas.

Una cosa es ver algo y otra muy distinta imaginárselo; imaginárselo tal cual es. Hay quien ante un objeto lo ve, y hay quien lo ve y se lo imagina además, y cierra los ojos Y sigue viéndolo, y no tan sólo recordándolo. A esta intensa visión, á este imaginar un objeto, ayuda y no poco el conocerlo científicamente, cuando tal conocimiento es vivo y no muerto.

.....
 ¿Y á qué viene aquí todo esto?—preguntarán acaso algunos de los que oigan leerlo. Pues viene á que considero á la novela como el género supremo literario, como el género de integración, como una forma en que se integran lo épico, lo lírico y lo dramático de una parte y lo científico y lo artístico de otra, como el género en que más se hace por científicar el arte y artificar la ciencia. Si se hace esto mal, no es razón para proscribirlo en todo caso.

Tomemos á Zola y veremos un caso en que esa labor de integración está, en general,

hecha con muy mediano éxito. La ciencia que hay en las novelas de Zola es ciencia muy deficiente y no poco averiada, y el error del que se llamó en un tiempo naturalismo no fué apoyarse en la ciencia, sino apoyarse en una ciencia parcial y sistemáticamente mezquina, y apoyarse mal en ella. La psicología de las novelas de Zola es sencillamente detestable. Basta fijarse en el concepto que tenía del determinismo.

El determinismo es una explicación metafísica que no vale ni más ni menos que la explicación opuesta, también metafísica, del libre albedrío. Más aún; suponiéndonos perfectos deterministas, hemos de declarar que, por predeterminados que estén los actos de un hombre real, individual y concreto, son para nosotros los demás hombres indeterminables de antemano, no siendo en líneas muy generales. El lugar preciso á donde ha de ir á parar un plumoncillo ó un copo de lana que se deja caer del alto de una torre, podrá estar tan determinado como la trayectoria de una bala de cañón; pero para nosotros es imposible determinar aquel lugar en razón á la complejidad extrema y casi infinita de la trayectoria del copo de lana. Y así resulta con lo que ha de hacer Juan Fernández dentro de un mes ó dos.

La ciencia antropológica y la psicológica sólo se ocupan en un hombre tipo, abstracto, en un caso medio, en una idea y no en un hecho individual, en el hombre de la estadística, en el que tienen en cuenta las Compañías de seguros sobre la vida al fijar, tablas de mortalidad en mano, las primas de sus pólizas. A la Compañía en que estoy asegurado le basta tener en cuenta ese hombre, y sobre él calcula mis probabilidades de vida; pero para mí, la hora de mi muerte es una cosa mucho más terrible y más viva, más artística á la vez. De la consideración de esta hora pueden brotar en mí poesías líricas de singular efecto, y el que la considere tabla de mortalidad y de vida media en la mano es lo más absurdo.

Pues bien; los personajes de las novelas zolescas son, si bien se mira, hombres abstractos, muñecos científicos, abstracciones sacadas no directamente de la realidad, sino de monografías médicas. Desde que el autor saca á escena á uno de esos fantoches y nos dice que tiene el cogote ancho y colorado, ya se sabe lo que va á hacer. Los personajes de las novelas de Zola—y sobre esto llamo la atención de los que oyen leer esto,—los personajes de las novelas de Zola *no nos sorprenden nunca, como los hombres reales y vivos nos sorprenden con algo que no esperáramos de ellos*. Hasta sus aparentes inconsecuencias están previstas por el autor, presa de un hórrido cientificismo, de una pedantería pseudo-científica, de una indigestión de Claudio Bernard mal entendido.

Semejantes personajes son, como digo, muñecos. Coupeau no proviene de experiencia directa del autor respecto á borrachos; salió de monografías sobre el alcoholismo, y la idea misma, matriz de los Rougon Macquard, brotó de disquisiciones de Próspero Lucas. La psicología á lo Ribot anda allí más que la visión directa de la vida. Los tales personajes son abstracciones, aunque lo sean de otro grado que las antiguas.

Coupeau, v. gr., no es *la borrachera personificada*; pero tampoco es *un borracho*, sino que es *el borracho*, el borracho tipo, el caso medio, el que resulta de la superposición de los que se han estudiado en las clínicas. Porque hay en el mundo avaros y hay un tipo de avaro, *el avaro*, y hay la idea de avaricia. Lo que ocurre es que los muñecos que fabricó Zola nos producen una ilusión mayor de realidad que otros muñecos que antaño fabricaron otros novelistas, porque disponía al armarlos de una mecánica más perfecta, y los adelantos de ésta le permitieron emplear medios más ilusionantes en sus artefactos. Con los ingredientes de que hoy se dispone, con la electricidad sobre todo, se puede hacer fantoches preciosos que le den á cualquiera el pego cuando los sacan á escena. Entre

los que se exhiben á las veces en los teatros y los monigotes del Guiñol, media un abismo. Pero esto no dependía del arte superior de Zola, sino de que la psicología de que pudo darse una tintura—por cierto bien superficial—era muy superior á la psicología de otros novelistas de su cuerda que vivieron en pasados tiempos.

A pesar de esta falta capital, de este vicio de origen del naturalismo zolesco, hay en las novelas de Zola algo muy grande, y es no sólo el soplo épico, su comprensión de las masas, sino además cierto aliento romántico y la pintura de situaciones, no la de caracteres, que no son tales.

Pero es lo curioso que haya sido precisamente el punto flaco de Zola, lo que ha de hacer que se hunda lo más de su obra cuando haya acabado de hundirse la psicología simplista en que se inspiró, que haya sido eso lo que le ha valido los más de los sufragios de los que toman el arte como instrumento de propaganda de sus dogmas. La novela *La tierra*, por ejemplo, les parece un evangelio de la vida campesina á los que no conocen el campo ni cómo se vive en él, sino por los libros ó por rápidas estancias y visitas fugaces.

Se ha visto en Zola un apóstol de estas ó de las otras ideas, promotoras ó retardadoras del progreso, y por ello se le ha declarado genio literario, no á pesar de ello. Y hay que confesar que la filosofía de Zola, una filosofía de una tosquedad y una simplicidad apabullantes, una filosofía basada en la mayor incomprendibilidad que esa mezquina filosofía que negaba cuanto caía fuera de su corjo alcance—y era lo más de la vida,—esa filosofía más bien ha dañado que beneficiado al arte soberano del novelista. Aunque, ¿qué se yo?... tal vez cupiera sostener que este arte y aquella estrechez de comprensión y criterio manan de la misma fuente.

Pero no digo, entiéndase bien, que la filosofía ni la ciencia dañen al arte, ni mucho menos, sino que le dañan una filosofía y una ciencia externas á él, no fundidas en su espíritu, no hermanadas con él. La pobre ciencia de Zola iba por un lado y su inspiración artística por otro; ha sido un romántico idealista encarcelado en la concepción intelectual menos romántica y menos idealista. De este íntimo divorcio, de esta disociación brota su flaqueza.

Y digo esto para hacer notar que no admito que la investigación científica ahogue en uno la inspiración poética, ni los propósitos didácticos, moralizadores ó de propaganda estorben el fin artístico.

En un cabo están las obras de arte escuálidas, bajo cuyo pellejo y entre cuya escasa carne asoman los huesos, la parte conceptual, el esqueleto científico abstracto, y en el otro cabo encontramos las obras de arte sin esqueleto alguno, mucilaginosas y blandengües, invertebradas, á modo de babosas ó limacos, aunque con tornasoles más ó menos vistosos y brillantes en la viscosidad que las cubre. Como un buen animal, una obra de arte debe de tener esqueleto, si bien recubierto y tapado por carne palpitante y viva, hueso bajo la carne. No es menester verlos, ver los huesos; pero ni el animal se tiene en pie, ni se sienta bien en el suelo si no lleva dentro su fábrica ósea, y aun no sabiéndolo él ni quien lo engendró.

Y vengo á la frasecita esa de «el arte por el arte», que ha tenido tanta boga sin duda porque, después de tanto traerla y llevarla y manosearla y ascenderearla, hoy es el día en que somos muchos los que ignoramos lo que se quiere decir con ella. Por mi parte no la entiendo, y me atrevo á sospechar que tampoco la entienden los que la toman por lema.

¡El arte por el arte! Pongo los codos sobre la mesa, las mejillas apoyadas en las palmas de las manos, la cabeza baja, cierro los ojos, me repito «el arte por el arte!» y me

quedo dormido. Eso me parece una cosa así como lo de «los extremos se tocan», ó «menos política y más administración», ó «más industriales y menos doctores», ó cualquier otra cosa por el estilo.

El arte por el arte...! Bien, demos por supuesto que esto quiere decir algo y que sabemos lo que quiere decir, y pregunto: y el arte, ¿para qué?

No voy á dar doctrina, sino á decir mi propio sentimiento. Yo tomo el arte para mí, para mi propio recreo, elevación de espíritu, consuelo de haber nacido, y de aquí que crea—sin pretender erigir esta mi creencia en dogma estético—que el arte es para el hombre y no el hombre para el arte. Como yo me siento el centro de mi universo, del universo que me rodea, lo refiero todo al hombre, y el hombre es para mí el fin de todo. Y llevo tan lejos este mi desenfrenado antropocentrismo, que cuando el catecismo pregunta: ¿para quién hizo Dios el mundo?, y se responde: «para el hombre», añado yo: «y Él mismo, Dios, se hizo también para el hombre, y hasta por el hombre padeció y padece.» Y es inútil que pretendan apearne de mi fe de que el arte es para el hombre.

Parto como de un axioma de esta proposición y me digo: sí, pues, es el arte para el hombre, y el fin del arte es recrear—esto es, volver á crear—recrear, vitalizar, consolar y elevar el espíritu al hombre, toda obra de arte será tanto más perfecta cuanto más le recree, vitalice, consuele y eleve. Y si una obra de arte en que haya enseñanzas y objetivo moral me gusta y me distrae más que otra en que no las haya, la tengo por mejor. Y debo declarar que hay obras de arte en que si se les quitara lo que dicen los estetas que es en ellas ajeno al arte mismo, me resultarían más feas, menos artísticas, ó sea menos bellas.

No lo puedo remediar, cuando leo una descripción de un escritor que se jacta de su incultura científica ó finge desprecio á la filosofía, me resulta una descripción artística inferior, insignificante. Porque las hay hermosísimas de artistas sin cultura científica ni filosófica, pero estos tales, los que careciendo de esa cultura son grandes artistas, no fingen despreciarla ni se jactan de su ignorancia á tal respecto. Hay grandes poetas que no saben extraer la raíz cuadrada de un número ó qué sea la ley de la renta, de Ricardo, pero cuando un poeta se enyanece de no saber extraer la raíz cuadrada de un número ó dice de la economía política que es cosa que ni sabe ni ganas de ello, concluyo que es un mal poeta. Como concluyo que es un mal economista el que dice que en su vida ha perdido ni perderá el tiempo leyendo versos.

Es mi constante ensueño el del empapamiento mutuo del arte y la ciencia hasta que se unimismen y no quepa separarlos porque sean sólo dos caras de una sola y misma realidad.

.....

Aquí dejé hace cuatro ó cinco días este informe, y hoy, 16 de Febrero, me encuentro con que no sé continuarlo. Me es difícil arredrarme cuatro días atrás y reponerme en el tempero de ánimo en que entonces me encontraba; es como si hubiesen pasado por mí desde entonces no días, sino años. Siento la invasión lenta de algo grave que me envuelve y que no sé lo que es y como si todo esto de la novela contemporánea y el movimiento social no fuese más que garterías de comadres que chacharean al sol del invierno. Son preocupaciones indefinidas y al modo de temblores del suelo espiritual, debidos á. no sé qué trastornos del alma colectiva, del alma de nuestro pueblo, que en mí se reflejan. Y basta de esto.

Y ahora me percató de que en estas y las otras apenas he dicho palabra del movimiento social en la novela contemporánea, y no me encuentro ya, lo repito, en temple

de decir nada de ello. Se me fué el tiempo en lo que escribí días pasados tratando de las relaciones entre el arte y la ciencia, en vista de que eso que se llama movimiento social es algo que toma cierto tufillo científico entre nosotros y que pasándolo por la ciencia se suele meterlo en la novela.

Tanto los socialistas y los anarquistas, como los que los combaten, toman en boca el nombre de la ciencia y amparándose en él esparcen y sostienen sus ideas. En la novela misma apenas sé que el llamado movimiento social se haya reflejado directamente, de un modo genuinamente artístico, sino casi siempre trasegado antes á tesis de economía política, de una escuela ó de otra. Las huelgas que se describe en las novelas son huelgas vistas en socialista ó en antisocialista, en anarquista ó en antianarquista; rara vez son huelgas vistas en hombre.

Tengo de la novela una idea altísima; me parece el campo de predicación más fecundo que hoy tenemos; la forma de arte más libre y flexible, la que mejor se presta al vuelo del espíritu. Y el movimiento social cobrará en ella carne palpitante y viva; pero es, me parece, cuando dicho movimiento se haya individualizado, cuando sea algo que pose en nuestra vida interior, en las entrañas de nuestro corazón.

Apenas sé ya cómo explicarme, porque entro en un terreno que apenas conozco, en un vasto campo de la vida que entreveo envuelto en tupidas tinieblas, cuando, mirando hacia dentro, contemplo todo eso del movimiento social como en una noche sin luna se adivina más que se ve la extensión de la llanura. Es muy cruda y empeñada la lucha para que puedan las pasiones que en ella éntran cuajar todavía en sentimientos permanentes y hondos, únicos que florecen en arte duradero.

Hase dicho que no es la mano del calenturiento la más á propósito para describir la fiebre. El arte vive del pasado, de lo que depuró la muerte, y tiene que pasar al estrépito y calor de estas luchas para que cristalice en él su sedimento eterno. Entretanto córrese el riesgo de convertir una obra de arte en un alegato de secta ó en torpe traducción de un informe de Junta de Reformas Sociales ó de una tesis de economía.

Voy á concluir. Yo no sé qué inspiración podrán prestar en adelante á la novela todas esas luchas del estómago; pero sí creo que las tales luchas no se nos presentan aún si no en máscara, en su sobrehaz, en lo menos profundo que tienen. Así no pueden dar presa más que para descripciones, género inferior de arte, ó para estruendos, más ó menos elocuentes, de retórica sentimental ó conminatoria. Y nada de esto perdura en arte, en el arte definitivo, universal y duradero, en el arte purificador y consolador.

Las tales luchas son luchas por la vida; mas hay que llegar á sentir por qué se lucha por ella, llegar á sentir en las entrañas del corazón la sacudida del chorro de la fuente de donde mana ese anhelo por vivir. Como la tierra sedienta que recibe y bebe el riego de las aguas de una fuente, así sentimos el anhelo por vivir; pero si remontamos en él, yendo contra curso, llegaremos al rincón del soto en que la fuente canta, y al cabo á sentir el golpe de su vena líquida antes de que se embote y diluya en la tierra de nuestra carne, llegaremos al origen del anhelo de vivir, á su manantial, á la hambre y la sed cordiales de lo infinito y de lo eterno, á ese ansión congojoso de serlo todo y de serlo por siempre, de ser Dios.

MIGUEL DE UNAMUNO

Concluido esto y estando analizando, traduciendo y comentando en mi cátedra de literatura griega el diálogo platónico *Fedón*, en que se narran los últimos momentos de Sócrates y sus elevados discursos al sentir la cercanía de la muerte, me encuentro con el

sueño aquel que le había visitado varias veces, apareciéndosele bajo diferente forma cada vez, pero diciéndole siempre lo mismo, y era: «¡Dedicate al arte, Sócrates!» Y éste entendió siempre antes de entrar á la cárcel, que el sueño aquel no hacía sino animarle y azuzarle á que continuara en el cultivo de la filosofía, «por ser la filosofía la más grande de las artes»; pero luego que se pronunció contra él la sentencia de muerte, quiso aplacar al sueño, y en la prisión se dedicó á la poesía, escribiendo un himno á Apolo y poniendo luego en verso algunas fábulas de Esopo, por entender que el poeta, «si ha de ser poeta, debe componer fábulas y no razonamientos».

Dos proposiciones de bien enraizada estética hay aquí: la una, la de que es la filosofía la más grande de las artes, la mayor música, si nos servimos del término mismo griego (ὡς φιλοσοφίας μὲν ὄντος μεγίστης μουσικῆς), y la otra, de que el poeta, si ha de ser poeta, debe componer fábulas ó mitos y no razonamientos (ὅτι τὸν ποιητὴν δεῖ εἶπερ μᾶλλον ποιητὴς εἶναι, ποιῆν μύθους, ἀλλ'ὄ λόγους); y si parangonamos ambas sentencias y las forzamos á reducirse á unidad, se tendrá el nervio de la doctrina que he desenvuelto en mi escrito, aplicable á las relaciones de la novela con el movimiento social, ó mejor dicho, con las teorías y doctrinas acerca del movimiento social, porque no es este mismo, sino las teorías que de él suele sacarse, lo que acostumbra á meterse en la novela.

Y aquí, en esto que acabo de apuntar, está todo; en distinguir entre el movimiento social mismo y las doctrinas sociales y sociológicas que de él extraen muchos. Y no digo que lo producen, porque soy de los que creen que los movimientos, tanto sociales como individuales, apenas obedecen á ideas ó doctrinas, sino que éstas son más bien la justificación á hecho cumplido de aquéllos; que nuestras doctrinas son la manera como nos explicamos y justificamos á nosotros mismos y explicamos y justificamos á los demás lo que hacemos en virtud de causas que de ordinario nos son desconocidas.

Y una cosa es que se refleje en la novela el movimiento social como cualquier otro movimiento y juego de pasiones, y otra muy diversa el que se meta en ella las doctrinas con que tratamos de explicarlo y justificarlo. Aun sin meter éstas, la novela resultará fuente de estudio, ya que todo arte serio y hondo es docente, como es docente la realidad misma.

¡Desgraciados aquellos para quienes no existen flores sino en cuanto existe botánica; pero no menos desgraciados los que por mentido amor á las flores desprecian la botánica!

Y basta.

El Ateneo científico de Badajoz

En la controversia que se viene sosteniendo en este Ateneo acerca de la solución del ideal anárquico; ideal que ha sabido exponer con acertada lógica y naturalidad brillante el conocido ex-republicano de esta capital D. Lino Montalbán, quien comprobó una vez más con su característica fogosidad y enérgica oratoria, que los que se hallan convencidos de que defienden la verdad y la justicia adquieren un valor inaudito y un genio indomable, el abogado liberal-canalejiata, Sr. Molina, expuso argumentos en contra, que, aunque débiles é inconsistentes, he de rebatir desde estas columnas.

Decía dicho abogado: «No hay necesidad de llegar al anarquismo; eso sería el caos,

el retroceso y la vuelta á los primeros tiempos del hombre; y vueltos á este estado, vendría la barbarie y el más fuerte se apoderaría del más débil; no hay necesidad de este paso caótico; implántense buenas leyes que hagan feliz al hombre bajo la férula de la autoridad.»

«Esto es divagar, Sr. Molina, y al escuchar de los labios de usted tanto dislate—y perdone mi ingenua franqueza,—me he visto impulsado por la razón á sospechar que usted hizo su carrera rutinariamente, como pudiera haberla hecho un papagayo, que sus estudios particulares fueron superficiales, sin preocuparle un bledo el depurar las causas ó concausas de todos los efectos, viendo, por tanto, los hechos reales de la vida flotando sobre la superficie, y desconociendo, como es consiguiente, el origen de tales hechos y el valor de los mismos, apareciendo, cuando ejerce de orador, cual si fuera un arlequín artístico dotado de un organismo mecánico, que al oprimirse con el dedo un resorte, pone en movimiento su mecánica constitución y automáticamente lanza sus discursos y ditirambos, como aquellos arlequines pronuncian papá y mamá, y en este caso es digno de compasión y lástima, ó que es de los que, defendiendo instituciones injustas y repugnantes, lo hacen impulsados por miras personales, por fines convencionales, ó por espíritu de clase, y en este otro caso aparece la entelequia de sus argumentos y quedan descartados por nimios, inspidos y falsos.»

Pues bien, Sr. Molina; para que usted lo sepa, la pregunta es la extensión del progreso en todos los órdenes de la vida; es la más alta manifestación del desenvolvimiento de la verdadera moral universal, de la libertad en su grado superlativo, en donde se pondrán en práctica cuantos planes, individual ó colectivamente pensados, vayan encaminados á la realización del bien común. Y esto, Sr. Molina, no puede ser la vuelta á los primeros esbozos de la humanidad, puesto que en los primitivos tiempos la inteligencia del hombre estaba por cultivar, como por cultivar se hallaban todos los órdenes de la vida, mientras que en el dilatado y anchuroso campo de acción en que el hombre se encontrará en el estado anárquico, dispondrá de valiosos y riquísimos elementos para ser feliz y para ahuyentar todo dolor, toda vez que no encontrará escollos ni murallas que impidan realice sus nobles y grandes empresas.

Y esto no puede nunca ser caótico, ni bárbaro; ni al primer asonará en tal orden de cosas la parte animal, que tan frecuentemente asoma en el actual orden, pues si hoy el hombre aparece egoísta, refidor, cruel tirano y todo el resto de los defectos humanos que forman carta de naturaleza en el trato social, es justa y necesaria consecuencia de la desorganización á que se halla sujeta toda la humanidad, haciéndonos obrar siempre en la lucha por la existencia en contra de nuestra voluntad y de nuestros sentimientos, no parándonos nunca á reflexionar si sembramos el mal, si mediante él obtenemos un beneficio.

Decía también el Sr. Molina: «Implántense buenas leyes.» Pregunto yo: ¿Dónde están esas leyes buenas? ¿En qué época de la humanidad existieron? Con la historia en la mano, le apuesto yo á que no encontramos ninguna época en que, gracias á una ley buena, la humanidad haya sido feliz.

No es posible, Sr. Molina: la fabricación de las leyes fue siempre patrimonio exclusivo de los poderosos, estuvieron y están elaboradas á gusto de sus paladares y sin la sanción popular; las leyes fueron despóticas y tiranas en todas las edades y en todos los reinados sin distinción: ¿se nos pregunta la causa? pues porque todas hicieron sagrada la explotación del hombre por el hombre, y el robo, legalizado y santificado por la Iglesia, estuvo disfrazado con los nombres de *comercio*, *juventud* y *conquista*, palancas

por las cuales los nobles se enriquecían á costa del trabajo de los plebeyos ó esclavos, yendo envueltas siempre entre las riquezas de los señores las infamias más criminales, acompañadas de lágrimas y de sangre vertidas en holocausto del sarcástico deber de la ley.

La prueba más palpable de la falsedad de las leyes la tenemos en la constante transformación de las mismas, la modificación incesante á que se hallan sujetas, viniendo hoy á ser absurdas las que ayer eran tenidas por justas, sobreponiendo á todas estas aserciones, el hecho real y práctico que á diario nos demuestra que el hombre es inepto é incapaz de gobernar al hombre.

Las leyes, cuanto más nos atañen y las depuramos, más arbitrarias las vemos; generalmente, la ley está redactada de tal forma, que cuando buscamos que nos beneficie, la encontramos ambigua, y cuando trata de perjudicarnos, está franca y clara.

Y como último botón de muestra en demostración de la falsedad de la ley hecha por el hombre, citaré lo siguiente:

En el Ateneo científico de Badajoz, como en todos los Ateneos de España, se disfruta de *bula* ó permiso para francas y escuetas disquisiciones anárquicas, de lo que me alegro muchísimo—y conste que este parangón lo hago para descartar la ley—sin que polizontes ni delegados de ninguna clase osen llamar la atención de los oradores que hieren á mansalva cuanto les viene en gana, y en cambio, en la «Germinal» de dicha ciudad, como en las demás sociedades de España, en cuanto los oradores se deslizan lo más mínimo en el campo de la verdad, son llamados al orden, cuando no son llevados como criminales á la cárcel.

¿En dónde está la eficacia de la ley buena, Sr. Molina?

Y esto, lo mismo ocurre en España que en cualquier país democrático de Europa.

Resulta, Sr. Molina, que mientras exista el antagonismo de intereses, que hace que el bien propio sea adquirido á costa del perjuicio ajeno, será imposible la existencia de una ley que haga feliz al hombre.

Y en corroboración de este aserto, la vida real nos demuestra cómo el comerciante en grande escala absorbe al pequeño; con el auxilio del desarrollo mecánico, el industrial que logra fabricar con abundancia, se declara el amo de la industria y hace desaparecer al pequeño industrial; el militar, para llegar al generalato, ansía constantemente la muerte ó retiro de los que en el escalafón se hallan por delante; desde el cura más santurrón hasta el obispo inclusive, todos están deseando tenazmente el ascenso inmediato, aunque sea á costa de la muerte de quien ocupe la plaza que ha de vacar, deduciéndose de todo esto, que mientras la constitución actual de la sociedad esté sujeta á tales egoísmos, engendrando en el hombre, en la lucha por la existencia, pasiones bastardas y deseos criminales, empujando á unos contra otros hasta combatirse sin compasión, será una filfa y un mito la felicidad humana y la conquista de la ley buena.

Tiene la palabra el Sr. Molina.

HELENIO NIABEL

Badajoz.

Ley de herencia en los períodos correspondientes de la vida

Hasta aquí hemos considerado implícitamente la herencia psíquica sometida á la misma evolución en los ascendientes y los descendientes. Un padre lega á su hijo una cualidad intelectual ó moral: se la ve revelarse desde la infancia, crecer con la edad, alcanzar su mayor grado y después declinar. No importa que el hijo sea superior, igual ó inferior á su padre; uno y otro han atravesado las mismas fases de desarrollo. Tal es la ley en su forma más general. Siendo la herencia una propiedad biológica, es imprescindible que su ley sea la de la vida, una continua evolución.

Pero á veces, en el ascendiente, un carácter, una disposición, aparece bruscamente en la edad adulta. En el descendiente, el mismo carácter, la misma disposición, aparece bruscamente á la misma edad y en igual forma. Esto es lo que llama Darwin la herencia en los períodos correspondientes de la vida, y Hæckel la «ley de herencia homocrona».

Las enfermedades hereditarias proporcionan un excelente ejemplo de esta forma de la herencia. Así, la corea, que aparece ordinariamente en la infancia, la tisis en la edad intermedia, la gota en la vejez, son naturalmente hereditarias en las mismas épocas. Afecciones cerebrales, tales como la apoplejía y la epilepsia, parecen sometidas á la misma regla.

Habiéndosele empezado á doblar á un hombre, dice Sedgwick, el dedo pequeño hacia dentro, por una causa desconocida, el mismo fenómeno se presentó en sus dos hijos á la misma edad que en su padre.

La ceguera presenta ejemplos aún más llamativos. En una familia fué aquella hereditaria durante tres generaciones, y treinta y siete entre hijos y nietos quedaron ciegos, de los diez y siete á los diez y ocho años. Lo mismo ocurre con la sordera: dos hermanos, su padre y su abuelo paterno, quedaron sordos á la edad de cuarenta años.

Esquirol cita algunos ejemplos de enajenación mental declarada á la misma edad en diversas generaciones, entre otros, el de un abuelo, un padre y un hijo que se suicidaron alrededor de los cincuenta años, y el de una familia entera cuyos miembros todos fueron atacados de locura á los cuarenta años.

Al tratar de la herencia del suicidio hemos visto que la «homocronía» es casi una regla.

Moreau refiere en su *Psychologie morbide*, que un hombre, asustado de la revolución de 1789, se volvió loco, se encerró en su habitación y durante diez años se negó á salir de ella. Su hija, á la misma edad que él, cayó en el mismo estado y se encerró también, negándose á salir bajo ningún pretexto.

En el fondo, esta herencia «homocrona» no difiere en nada de la herencia ordinaria. Pero no hay ningún hecho que muestre en forma más convincente el carácter fatal de la transmisión hereditaria. Un determinismo latente produce en el padre ó en la madre una enfermedad física, una disposición orgánica que se traduce en el suicidio ó en cualquier forma de locura. El hijo está sano, adulto; ¿qué puede temer? Pero el legado fatal existía en él mucho antes de que se revelase en los padres la menor señal. Estaba en aquel óvulo fecundado del cual ha salido. Desde el instante en que el vitelo se ha segmentado, á través de la evolución del huevo, de la vida embrionaria, de la infancia, de la adolescencia un determinismo inexorable, en el cual cada estado ordena al que sigue, conduce insen-

siblemente á la fecha fatal. ¿Hay nada que enseñe mejor cuánto pesa sobre nosotros la herencia, aun cuando no tengamos ninguna conciencia de ello ni el menor cuidado?

Herencia por influjo.—En un estudio psicológico podría omitirse sin gran inconveniente esta forma de la herencia. Sólo la menciono para no dejar el estudio incompleto. Consiste en el influjo que un primer generador puede tener sobre los hijos nacidos de una segunda unión.

El hecho parece completamente extraordinario. El atavismo, en efecto, á pesar de lo que ofrece de extraño á primera vista, encuentra la explicación en la comunidad de sangre y de origen; si el padre y la madre permanecen extraños, en apariencia, á la naturaleza de su hijo, si son simples conductores de alguna cualidad ó de algún rasgo de los antepasados, por lo menos entre los ascendientes y los descendientes existe una cadena continua que explica la transmisión. Pero aquí no hay nada de eso. El hijo se parece á un sér que no tiene con él de común más que el haber estado unido á su madre anteriormente.

Sin embargo, hay en los animales superiores hechos que demuestran que la herencia por influjo no es muy rara. Autores antiguos (Van Helmont, Haller), la habían observado ya. Burdach da de ella el ejemplo siguiente:

Cuando una yegua se ha cruzado con un burro y ha dado á luz un mulo si aquella es fecundada por un caballo padre, el producto tiene algunos rasgos semejantes al burro.

El caso citado con más frecuencia es el de una yegua inglesa que en 1815 se cruzó una sola vez con un cuaje, asno pintado de Africa, y produjo de este modo, un mulo manchado. No volvió á cruzarse con aquel macho. Fecundada en 1817, 1818 y 1823 por tres sementales árabes, produjo tres potros pardos manchados como el cuaje.

Una cerda que había tenido hijos de un jabalí, en los cuales dominaba el color pardo del padre, se cruzó, mucho tiempo después de la muerte de éste, con verracos domésticos; entre los hijos del primero y segundo parto se encontraban muchos que tenían manchas del mismo color que las del jabalí.

Cuando una perra ha sido fecundada por primera vez por un perro de raza extranjera, cuantas veces pare después, cada uno de los partos ofrece un hijo que pertenece á aquella raza extranjera, aunque desde la primera vez no haya sido cubierta más que por machos de la suya.

Houzeau ha citado un número bastante grande de otros hechos comprobados en diversas especies de animales domésticos.

«Del mismo modo, en la especie humana vemos á veces que los hijos de un segundo matrimonio se parecen al primer marido, muerto mucho tiempo antes, y tienen más semejanza con él, *hasta en la parte moral*, que con su verdadero padre.» Burdach se contenta, por otra parte, con esta afirmación, sin citar ningún ejemplo en su apoyo.

Lo mismo hace P. Lucas. Se limita á notar juiciosamente que el hecho de que algunos hijos adulterinos se parezcan á sus padres putativos no prueba nada, puesto que ese padre puede serlo también verdadero, y que solamente en caso de muerte ó de ausencia prolongada del marido sería el hecho concluyente.

Después de la publicación de su gran obra sobre la *Herédité naturelle*, ha creído poder señalar como un caso de herencia por influjo el hecho siguiente: una mujer que se había vuelto loca á consecuencia de excesos alcohólicos, estaba atacada desde su nacimiento de un temblor general. La madre, que tenía relaciones íntimas con su médico, fué presa, durante el acto del coito, de un gran terror, por la llegada de su marido, te-

ror que se tradujo en temblores. Una segunda hija, nacida más tarde, padeció el mismo defecto, pero en menor grado. (1)

Encuentro en Michelet, y la doy con mucha reserva, una afirmación que, de ser aceptada, constituiría un caso de herencia por influjo desde el punto de vista psicológico, el único, por otra parte, que conozco: «Madame de Montespan, dice, había tenido ya un hijo de M. de Montespan. El primer hijo del rey, el duque del Maine, no recordaba más que al marido. Tuvo en su espíritu gascón sus bufonadas. Por este lado se le habría creído nieto del bufón Zamet (2).»

Atengámonos, pues, á lo dicho, y sin negar un hecho que nada tiene de imposible y que quizá no fuese inexplicable, podemos considerarlo tan poco común, tan difícil de comprobar psicológicamente, que es inútil insistir sobre él en un estudio de la herencia mental.

*
* *

En resumen, el caso en que el niño se parece igualmente á su padre y á su madre (si se da) no necesita explicación, puesto que la ley ideal se realiza en lo posible.

Cuando el hijo se asemeja á uno de sus padres, con exclusión del otro, ésta no es más que aparente. El padre cuyo influjo parece anulado, puede reaparecer en la generación siguiente ó más tarde.

Se advertirá de este modo que la cuestión discutida anteriormente: «si la herencia es más frecuente entre los sexos del mismo nombre que entre los de nombre contrario», pierde mucho de su importancia cuando se considera la herencia en la serie de las generaciones. Cuando se ve reaparecer al padre en su hija, y finalmente en su nieto; á la madre en su hijo, y finalmente en su nieta, se cree desde luego que con el tiempo cada sexo recobra sus derechos, cuando no los ha tomado desde un principio.

Por último, la hipótesis de los caracteres latentes da una explicación plausible y sencilla de todos los fenómenos de remisión, retroceso, en línea derecha ó en línea colateral.

Por lo demás, se ha visto que estas fórmulas no pueden aspirar á dar una explicación completa de un hecho tan fugaz y tan complejo como la transmisión hereditaria. No pretendíamos más que un fin: demostrar que se la concibe de una manera limitada cuando se la circunscribe á dos generaciones, y que los hechos parecen menos extraños desde que se los considera en su totalidad. Queríamos exponer también con toda claridad el carácter maravillosamente tenaz de la herencia. Su ley, esto es, la *transmisión absoluta*, lucha sin tregua ni descanso contra todos los obstáculos que tienden á debilitarla ó destruirla, perdiendo en su camino muchas fuerzas, disipándose, por decirlo así, hasta hacer creer que no existe. Y no obstante, cuando vemos reaparecer los mismos caracteres, algunas veces después de cien generaciones, nada hay más á propósito en que reflexionar. Se puede decir que la herencia cumple á su manera el axioma de: «nada se pierde.» Con su carácter de solidaridad invencible, de persistencia obstinada, nos parece

(1). Este hecho es más bien un ejemplo de los influjos que obran en el momento de la generación. Hablaremos de ellos más adelante. Los autores que han procurado explicar la herencia por influjo, ven en la impregnación del macho á la hembra una especie de inoculación «algo análogo á la comunicación de la sífilis constitucional». Véase Houszeau, *op. cit.* — Cl. Bernard explica los hechos de que acabamos de hablar por una fecundación incompleta. «La cantidad de esperma que descende de un cierto mínimo no da lugar más que á una fecundación incompleta... Pienso que cierto número de huevos reciben una impregnación insuficiente para desarrollarse en un sér nuevo, suficiente, sin embargo, para dejar una huella en el óvulo que una fecundación complementaria desarrollara más tarde.»

(2) Michelet, *Histoire de France*, t. XIII.

como uno de esos numerosos lazos inflexibles por los que la naturaleza todopoderosa nos aprisiona en la necesidad.

Nos queda ahora por ver cómo se ha intentado someter los hechos de la herencia á la comprobación del número.

CH. RIBOT

LECTURAS

STIRNER

Cuando apareció *El Único y su Propiedad*, en 1844, no debía estar preparada la mentalidad de aquella época para recibirlo y comprenderlo. Se creyó que el libro de Stirner era «demasiado absurdo para ser peligroso», y no tardó mucho en caer en el más profundo olvido, después del breve escándalo que provocó su aparición. No hace mucho que Nordau escribía en *Degeneración* que Stirner era «un hegeliano rabioso, á quien tratan de exhumar algunos anarquistas y Gigerl filósofos». (*Gigerl* es vocablo exclusivamente vienés, que significa algo así como gomoso, lechuguino ó pisaverde).

Hoy que esa obra ha sido publicada en todos los idiomas cultos, comentada por pensadores que no tienen nada de *Gigerl* y que empieza á imponerse en las cátedras, ¿se atrevería Nordau á sostener su juicio con tan contundente desenfado?

Poco puede decirse después de una mera lectura, hecha rápidamente, de un libro tan hondamente original y que revela un vigor y una audacia intelectuales difíciles de superar. Para penetrar en el fondo de la doctrina stirneriana—doctrina destinada á matar toda doctrina,—no sólo es necesario un estudio completo de Stirner, sino que sería preciso también conocer la evolución del pensamiento filosófico prestirneriano, so pena de que *El Único* nos apareciera como algo anómalo, sin precedentes, brotado así como por vía de generación espontánea, y no como un resultado histórico racional, como un acorde armónico de la gamma del pensamiento humano.

El Único y su Propiedad, por ejemplo, está dirigido contra Bruno Bauer y Feuerbach, no escaseando tampoco los ataques contra Hegel, y, sin embargo, Stirner es real y verdaderamente su heredero intelectual directo. Cuanto más violentos son sus ataques, tanto más claro se ve su parentesco, á causa de esa violencia misma: el hijo, para alcanzar su autonomía, se separa de la madre por una excisión dolorosa, y en tal relación el hijo es la negación de la madre.

Sólo, pues, nos dará á conocer el pensamiento del que ha sido llamado (malamente) el precursor de Nietzsche, un análisis delicadísimo de sus obras y un conocimiento exacto de la evolución de la idea del mundo hasta Stirner, cosas ambas de que me confieso, por ahora al menos, desprovisto del todo. Pero si una rápida ojeada no puede autorizar á nadie para comentar obras de tanta enjundia, da, desde luego, impresiones á que es lícito referirse de un modo subjetivo, aunque el concepto formado quede á prueba de ratificaciones y rectificaciones posteriores.

A primera vista *El Único y su Propiedad* parece ser una mera defensa del egoísmo, á ratos reducida á un puro discreto, á ratos engrandecida á proporciones de lucha homérica. Avanzando en su lectura, se nos presenta ya como una defensa del más irreductible y salvaje individualismo.

Difícil será llevar el individualismo más allá de donde lo ha dejado Stirner, individualismo que no sólo llega á negar todo aquello que limita, coarta y define al individuo (Estado, Sociedad, Moral, Familia...), sino que acaba por devorarse á sí mismo. No se trata de derribar todos los obstáculos que al individuo se oponen en el espacio, sino también en el tiempo. El individualismo stirneriano es, por decirlo así, actual, de ahora, presente, no pasado ni futuro. En este sentido el gran filósofo alemán nos habla de «mi explotación de mí mismo», «del disfrute del mundo y de mí mismo, hasta el agotamiento». Tales ideas, dicho sea de paso, constituyen el polo opuesto á las teorías del superhombre de Nietzsche. Stirner, en efecto, criticó y destruyó de antemano y de una manera implacable, antes de que el autor del *Zarathustra* lo formulara, todo aquello de que el hombre «es un tránsito y no un acabamiento» y de que «el hombre es algo que ha de ser superado». Stirner es el no cristiano por excelencia, mientras que Nietzsche era un místico con sus dejos y fundamentos de cristianismo, pese á su Anticristo.

Implacablemente también ataca en su obra el concepto de Sociedad, que él sustituye por el de «unión» ó «asociación» (*Verein* como opuesto á *Gesellschaft*), desmenuzando hasta la más exagerada fragmentación (hasta el átomo = el individuo), toda organización histórica. Concepción atomística, de un valor puramente lógico y formal, debido quizás (y aquí hago todas las salvedades debidas) á sobra, por una parte de estudios y hábitos especulativos, y á falta, por otra, de estudios y hábitos de experimentación, ó bien á causa de una estructura mental *sui generis* que le incapacitara para comprender los conceptos de organismo y organización.

Debajo del tono desafiante irónico é iconoclasta con que está escrita esta Biblia moderna, se advierte en las páginas en que Stirner ataca con fiera rudeza á todas esas abstracciones, en aras de las cuales se sacrifica al individuo, una profunda amargura, una cólera sombría contra las trabas de toda especie que nos esclavizan y nos empequeñecen. La potencia productora está, en verdad, ahogada por toda clase de reguladores: Estado, Sociedad, Policía moral, Policía intelectual, Policía pedagógica.... Víctor Hugo nos cuenta en su *Homme qui rit*, como se fabricaban monstruos vivos. ¿Acaso no es hoy mismo todo hombre un trágico Guymplain? ¿Acaso no lucha en todos nosotros el instinto natural contra la deformación artificiosa? ¿Acaso no nos embaraza en nuestro desarrollo la dantesca capa de plomo de la educación y de la herencia, como á Zarathustra el cadáver de que nos habla Nietzsche?

Hay en el lenguaje de Stirner verdaderos rugidos de fiera enjaulada, y eso que el año en que compuso su obra maestra fué, según él dice, el más hermoso de su vida. ¡Qué comentarios y párrafos añadiría á esas páginas, cuando las repasara en la cárcel donde estaba preso por deudas!

*
**

Pero no es ciertamente ni el individualismo ni el egoísmo de Stirner lo que constituye su mérito y su originalidad. Amontonar frases hechas, acoplar argumentos, más ó menos nuevos, ergoteando en pro de la causa A ó de la causa B, eso lo hace cualquier remolón literario. Ese egoísmo é individualismo stirnerianos son lo secundario, lo más exterior y aparente, la cáscara de su profunda concepción filosófica. Ahí se conoce el

genio: en que sabe mirar y ver, en que contempla cara á cara la realidad y ahonda en ella hasta donde nadie había ahondado todavía. Esta concepción es el «único».

Dios, Estado, Humanidad, Moral, Religión, Justicia, Derecho..... ¿Qué sois? Para mí, pensamientos míos que yo proyecto fuera de mí. El traductor francés usa de esta imagen pintoresca que no se encuentra en el original: «Mis pensamientos hacían sombra sobre mi cerebro, como el árbol sobre el suelo que le nutre». Stirner es más enérgico y más conciso: «*Meine Gedanken wuchsen Mir über den Kopf*».

Frente á esos fantasmas afirmo yo mi realidad, mi propia realidad viva, exclusiva para mí, diferente de todas las demás, última, y para mí cabal, completa... única. Yo soy para mí el «único».

Mis ideas son puros fantasmas; mis creencias no más que ideas fijas, *chifladuras* (*Sparren*); y esos pensamientos, ideas y creencias, no tienen más valor que el que yo quiero darles. Para mí, valor concreto, sustantividad plena, no lo tiene nada ni nadie más que yo. Yo, que no soy bueno ni malo, justo ni injusto, moral ni inmoral (todo eso son meros predicados míos), pues yo soy como y lo que soy; soy inexpresable, inefable, sin nombre. Y puesto que para designar á este *yo* concreto y real hay que señalarle con un signo, lo llamaremos «único»; «el único».

Así terminaremos con lo que Stirner denomina el «mongolismo», ó sea el reino de los pensamientos, que desde hoy vendrán á estrellarse contra mi propia realidad viviente, fuente de donde brotan y de donde toman apariencias de vida. Concepción, si nihilista en la forma, jugosa y fecunda en el fondo, que se yergue como antitética de aquella decrepita doctrina cuya base era el Logos, el Verbo, la Palabra. Ideas, pensamientos, conceptos, creencias, no sois más que fórmulas en que me derramo; pero vacías de todo contenido en cuanto no están llenas de mi propio sér. Sois por mí y en mí, y yo sobre vosotros.

Al llegar aquí, releo mis cuartillas y veo que el lenguaje que he empleado, por deficiencias, sin duda, de mi intelecto, es por completo antistirneriano. Stirner siempre habla (ó piensa) en concreto.

Individualismo, egoísmo, individualidad..... ¿No son también fantasmas?

* * *

El lector preguntará qué queda después de esta destrucción implacable que nos condena á un nihilismo aparente.

¿Qué queda? Mi propia realidad viva frente al mundo. Adán ante el paraiso.

A. RAS.

ORIGEN DE NUESTROS MALES

Se ha aconsejado siempre al hombre el abandono de su personalidad; se le ha dicho siempre que su voluntad debía aniquilarse ante las necesidades sociales que representaban ó pretendían representar los que estaban en el poder.

Es necesario conocer la exactitud de esa afirmación y examinar si está conforme, no solamente con el interés del hombre, sino también con el estado social en cuyo nombre se habla.

Piérdense en discusiones para saber quién es anterior, si la sociedad al individuo ó el individuo á la sociedad; en qué época se agruparon los hombres, si fué cuando comenzaron á hablar ó más tarde cuando, sin haberse desembarazado aún de su epidermis animal, no les distinguía nada de los grandes monos, de los que nuestra especie no es más que una línea colateral, ó si, datando de más lejos, el espíritu de sociabilidad nos viene de las especies de mamíferos, ya que los seres organizados no son más que una asociación de células que derivan de una célula primitiva.

Cuestión difícil de dilucidar, que no presenta, según nosotros, más que un punto interesante á resolver, pero cuya solución es innecesaria para la cuestión social, puesto que no siendo células plásticas los individuos, y teniendo que adaptarse á un funcionamiento vital, coordinadas por condiciones exteriores, son seres capaces de obrar fuera del medio del cual han surgido, pensando, pudiendo deliberar y escoger su modo de vivir.

Sabemos que esa libertad de escoger es muy relativa porque está subordinada á condiciones de medio, de desarrollo, de circunstancias y de educación, pero superior, á pesar de todo, á la de la célula, puesto que ésta está privada de esa deliberación y que su adaptación á condiciones especiales de vida no está determinada más que por reacciones puramente mecánicas y químicas.

Todo el mundo sabe que la sociabilidad no aparece tan sólo en la especie humana. Se encuentra en todos los grados de la evolución vegetal ó animal. En mineralogía, fuera de bloques de cristales que no son más que yuxtaposiciones de otros cristales inferiores con las mismas formas geométricas, se encuentran siempre en el estado bruto algunos cuerpos homogéneos asociados á otros. Desde la asociación parasitaria, imagen de nuestra burgüesía, donde el huésped se nutre de aquel que se ha impuesto tal tarja, hasta aquellas donde hay cambios recíprocos de servicios como en el caso de los musgos que conservan la humedad al pie de las encinas mientras éstas les prestan su sombra; desde la asociación provocada por el simple reflejo inconsciente, hasta las asociaciones concientes, complicadas, como las de las hormigas, de las abejas, para llegar por último á nuestras sociedades humanas con sus complicados engranajes de leyes é instituciones.

Cuanto más alto subimos en la escala de la evolución, menos importantes son las agrupaciones humanas: desde la aglomeración de millones de hombres de las sociedades más ó menos civilizadas, hasta la simple asociación del hombre y la mujer de los bosquimanos.

En cuanto á la complicación de las instituciones, si no sigue la importancia de las agrupaciones, en cambio las formas son igualmente varias. Se encuentra desde el absolutismo más completo de algunos pueblos orientales y de los pueblos negros de Africa, hasta la ausencia completa de autoridad de algunas tribus septentrionales; desde el parlamentarismo más complicado de las naciones europeas, hasta su ausencia casi completa como entre los Vedas.

Pero ya que se quiere remontar al origen de la evolución, ¿por qué razón detenerse en el camino? ¿por qué no llegar al origen de la vida?

Concluiremos así en el ser primordial: la célula, primera expresión de la individualidad. Y de la asociación de células es de donde han salido los seres organizados, el hombre inclusive.

No debemos detenernos ahí sin embargo. Nuestros conocimientos limitados son los que han dividido la materia en orgánica é inorgánica, porque desconocemos la forma de transición; sería necesario remontarse hasta la materia primordial. La agrupación de átomos, es decir, las unidades de que ella está compuesta, es lo que da nacimiento á las

múltiples formas que le vemos tomar, sin contar las que escapan á nuestros sentidos. Así, se podría seguir en sus investigaciones á los que quieren establecer la anterioridad de la sociedad al individuo, pero hay un hecho positivo que se desprende de lo que acabamos de decir, y es que no importa en qué estado de su evolución se haya producido en el hombre, ó en sus antepasados, la necesidad de asociarse, es siempre el individuo, es decir, la unidad, anterior á la sociedad, á la suma.

Y además, podemos imaginarnos perfectamente al individuo viviendo solo; muy mal por supuesto; volviendo al estado de barbarie, perdiendo poco á poco todas las adquisiciones de su cerebro que le libran de la sujeción del medio ambiente, pero viviendo al fin; ¡mientras que no podemos imaginarnos una sociedad sin individuos!

Más claro, aún; no siendo la asociación más que uno de los estados de la evolución del individuo; no existiendo la sociedad más que por los individuos que la componen, no tiene razón de existir más que por la utilidad que puede prestarles, de modelarse á sus nuevas concepciones y transformarse según sus nuevas necesidades.

Querer que el individuo acate las exigencias de un sér abstracto, que no tiene ni puede tener existencia propia más que por una ficción absurda, es una de las consecuencias más nefastas que haya salido del cerebro del hombre.

* * *

Ignoramos, pues, cuándo se formaron los primeros rudimentos de las sociedades humanas, y cómo se formaron.

Remontándonos á los períodos prehistóricos, y con lo que nos cuentan sobre los pueblos primitivos que existen aún, podemos suponer que esas primeras agrupaciones han sido muy limitadas en un principio, estando los individuos, entre ellos, bajo el pie de la más perfecta igualdad, sin jefes ni propiedad individual.

¿Cómo nacieron en esas asociaciones esas dos pestes? He ahí lo que ignoramos, no pudiendo hacer más que conjeturas.

Algunos individuos más fuertes, más inteligentes, más diestros ó favorecidos por las circunstancias, habiendo prestado servicios á su grupo, ó tribu, sus coasociados se habituaron á consultarlos cuando al tratar de obrar en común no sabían qué partido tomar, ó bien después de las múltiples opiniones emitidas se trataba de saber la opinión de los que se consideraban más aptos para resolver un caso difícil.

Con el tiempo se habituaron los miembros de la tribu á subordinar su acción, según el grado de confianza que experimentaban, á los consejos de los que reconocían capaces de dárselos buenos.

El hombre es un compuesto de facultades diversas, muchas veces contradictorias. Luchando contra la naturaleza, contra las otras especies, contra sus semejantes, fué desarrollándose su cerebro. Todo nuestro pasado histórico no es más que una lucha incesante contra la autoridad espiritual ó material; una larga aspiración hacia la libertad y una tendencia deplorable á dejar toda iniciativa á los demás; el individuo se ve impulsado á adorar á los que le parecen superiores; á aniquilar su individualidad poniéndose á sus órdenes, viendo y pensando sólo por ellos y obrando según la voluntad de sus adorados.

Los que fueron objeto de esta confianza procuraron hacerla degenerar en subordinación, sin intención quizá preconcebida, dejando marchar las cosas y aprovechándose de las ventajas que ofrecían.

Habiendo sido útiles en varias ocasiones, aumentó su influencia, que aprovecharon in duda para hacerse conceder algunos privilegios, insignificantes é indiferentes á sus

asociados, pero que después de haberlos obtenido como favores se los atribuyeron como derecho.

Con las ventajas materiales así alcanzadas crearon una servidumbre, un tributo. Progresivamente, ayudándose mutuamente, la Autoridad y la Propiedad hicieron su entrada en las sociedades primitivas.

Unos se habituaron á poseer y á mandar; otros á obedecer y á no servirse hasta que sus amos hubiesen escogido; después se acostumbraron á ver cómo otros acaparaban los frutos de su trabajo ó la mejor parte de su botín de guerra. Pasadas muchas generaciones, los hombres se acostumbraron á aceptar este estado de cosas como una de las condiciones del orden social que ha concluido por ser atávico y hereditario.

Insensiblemente la subordinación consentida se transformó en sujeción impuesta, y los que nacieron en medio de un estado social organizado de ese modo, creyeron que había sido siempre así y que marchaba según el orden natural de las cosas. No habiendo conocido otro estado, les pareció legítimo que algunos poseyeran la tierra que ellos cultivaban. Les parecía asimismo un progreso inmenso pagar un arrendamiento para poder fecundar, con su sudor, la gleba donde habían nacido, que, muy á menudo, habían defendido ó conquistado con sus esfuerzos.

*
**

Propiedad establecida, significa autoridad reconocida. El que espera de otro la dispensación de medios de trabajo, ¿no es de hecho el inferior y el súbdito del que puede condenarlo á morir de hambre rehusándole los medios de utilizar su fuerza de producción? Además, ¿el que posee no tiene necesidad de una fuerza material para defender lo que ha usurpado? Cuando se comenzó á dudar de los privilegios les fué necesario ceder una parte á los que les podían ser útiles, y entonces se crearon castas intermedias entre los que no tenían nada y los que, poseyendo, podían darles una parte del botín, estableciéndose una escala entre los que mandaban y los que obedecían. Pero cualquiera que sea el origen de la explotación del hombre, no es menos arbitraria, monstruosa, reprobada por todas las nociones que nos hacemos de la justicia, teniendo que desaparecer ante una concepción más limpia de las relaciones sociales.

Después de haber ayudado á adquirir, la autoridad se convirtió en fiel sirvienta de los que habían adquirido. Una vez en marcha en ese sentido, la evolución humana debió conducirnos á la sociedad de hoy, en la que Autoridad y Propiedad son dos términos inseparables, manteniéndose uno á otro de tal manera identificados que no se puede combatir el uno sin atacar al otro.

Sin embargo, no está en la naturaleza humana el sacrificarse buenamente; cualquiera que sea la abnegación del que sacrifica sus gustos, su bienestar, su voluntad, ó su existencia, lo hace siempre con un objeto determinado: sea un bien para él ó para sus semejantes, espera siempre una ventaja de su sacrificio.

Debíó la autoridad para poder extenderse y perdurar usar de la fuerza. Los hombres creyeron sacar ventajas—seguridad interior ó exterior, por ejemplo—en cambio de la sumisión que se les pedía, no viendo la parte de libertad que se les quitaba. Organizando expediciones de pillaje contra sus vecinos, los jefes ofrecían á sus subordinados la ocasión de tomar á otros lo que ellos les habían quitado. Estas ocasiones, presentadas sin cesar á la codicia de los individuos, aseguraban el poder de los jefes, ayudándoles á crear á su alrededor una clase cada vez más numerosa, tanto más interesada en la conserva-

ción y engrandecimiento de su autoridad, cuanto más aptos eran para repartir parcelas. Así sucesivamente fué creándose la religión, la idea de la patria, etc., etc., origen todo ello de los males que minan la Humanidad.

J. GRAVE

(Traducción de Soledad Gustavo.)

CURIOSIDADES

Influencia de los colores.—Los colores tienen cierta influencia sobre los individuos y hasta sobre las plantas.

El director del hospital Nicolás, de Sampetersburgo, ha hecho sobre esto un curioso experimento que pudiera con el tiempo ayudar eficazmente á la ciencia quirúrgica.

Durante una grave operación, ha proyectado sobre el enfermo un gran foco de luz eléctrica azulada. La operación ha durado veinte minutos, y el enfermo, que no se le había dormido, no ha sentido ningún dolor.

No solamente los colores bien empleados podrían reemplazar ventajosamente al cloroformo, sino que hasta podrían servir para distraer con amenidad al enfermo.

* * *

El matrimonio en Formosa.—Una revista extranjera publica un estudio muy curioso relativo al matrimonio y al divorcio en Formosa, isla situada en el mar de la China y que está bajo la dominación japonesa, observando todavía el Código chino (Ta-Chin-Si-Lien).

Los matrimonios tienen lugar generalmente entre hombres de quince á veinte años y mujeres de trece á dieciocho. La poligamia y la poliandria es desconocida en la China y en Formosa, pero el concubinage, que la ley no prohíbe, es muy frecuente.

La sola excepción en defensa de la poligamia, se presenta cuando la rama del hermano primogénito se extingue por muerte del jefe de la familia. Si no ha dejado hijos su hermano menor se casa con la viuda, aunque esté casado, y así se encuentra marido de dos mujeres.

El caso, sin embargo, es bastante raro, porque los chinos en general son muy proflícos.

Por exageración de una prescripción del Código chino, en virtud de la cual un marido debe dar una cierta cantidad de dinero á la mujer con quien se casa, hay veces que un hombre compra una mujer para esposarla y luego la vende de nuevo.

* * *

Gimnasia respiratoria.—Parece que todos los médicos están de acuerdo, aunque sólo sea por esta vez, de que no sabemos respirar.

Las mujeres en general se portarían bien respecto de esa función capital sin el tormento causado por el corsé.

Los hombres parece son perezosos en tomarse la pena de respirar, y la mutación de los músculos torácicos, más desarrollados que los de la mujer, exigen más esfuerzo.

Muchas enfermedades, entre otras la anemia y la tuberculosis, serían felizmente combatidas si supiéramos regular nuestra respiración.

Para ello nos recomiendan una gimnasia respiratoria, cuya experiencia ha podido comprobarse entre enfermos tuberculosos que se les ha visto recuperar las fuerzas y la salud, dando á los brazos diversas posiciones durante la aspiración, por lo que se les ensancha la caja torácica.

Hagamos, pues, todos los días, y durante quince minutos, gimnasia respiratoria y nos aliviaremos de la neurastenia, de las ronqueras nerviosas y de la tartamudez, lo cual es debido á una respiración irregular.

LA DAMA GRIS